



SUS HISTORIAS Y ANÉCDOTAS

Doris Rueda

**“12 Voces Femeninas de Otavalo:
sus historias y anécdotas”**

Dorys Rueda

Diseño de la portada del libro: Dorys Rueda

Diseño de las portadas internas: Dorys Rueda

Editora general

Conceptualizadora: Dorys Rueda

Derechos de autor: **QUI-066395**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de su autora.

DEDICATORIA

A las mujeres que han sido el pilar de mi vida y han forjado, con su amor y fortaleza, la historia de nuestra familia:

- A mi madre, cuyo ejemplo continúa guiando mis pasos, aunque su presencia física ya no esté con nosotros.
- A mi hermana Gladys, cuya luz se extinguió demasiado pronto, pero cuya memoria sigue iluminando mi camino.
- A Soraya, mi querida hermana, por su inquebrantable apoyo.
- A mis sobrinas, María José, Soraya e Ivonne, quienes representan con su vitalidad y fuerza el futuro prometedor de las mujeres de la familia.

Este libro, "**12 Voces Femeninas de Otavalo: sus historias y anécdotas**" es un homenaje a ustedes y a todas las mujeres de mi ciudad que, con su voz, han dejado una huella imborrable en nuestra historia.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a las mujeres de Otavalo, que con generosidad compartieron sus valiosas anécdotas conmigo. Cada historia no solo ha dado vida a las páginas de este libro, sino que también ha fortalecido mi vínculo con nuestras raíces y tradiciones.

Gracias por confiarme sus recuerdos y permitirme ser el canal a través del cual sus voces se escuchen y celebren. Esta obra es un tributo a la comunidad que nos ha formado, reflejando la riqueza y el espíritu de nuestro pueblo.

CONTENIDO

DEDICATORIA	3
AGRADECIMIENTOS	4
PRÓLOGO	1
YOLANDA MAGDALENA DÁVILA CARRILLO	4
AYUDA SOCIAL Y OBSTETRICIA	6
UNA ENFERMERA POR EL MUNDO	9
NOTA DIVERTIDA.....	11
AVENTURAS DE INFANCIA	13
GLORIA RENGIFO	15
UN GRAN Y TERRIBLE INICIO	17
EL CRISTO VIVIENTE.....	20
SEMBLANZA CON AROMA DE CAFÉ.....	23
ISABEL CRISTINA GUERRA VELASCO	26
NAVIDAD PARA LOS GOMERITOS	29
MARGARITA MORENO	31
EL DESAFÍO DEL IRONMAN	35
CONTROL DE PATENTES	38
RAÍCES Y RECUERDOS	41
SARÁI CAHUASQUÍ	44
LA NIÑA QUE VENDÍA HIERBAS	47
ESA NIÑA SIGUE AQUÍ	51
FABIOLA ESPERANZA CARILLO	56
CAMINOS NOCTURNOS	59

LA NOCHE DEL HORNO ARDIENTE	62
PAN EN TIEMPOS DIFÍCILES	65
CARLA TITO SALAZAR	67
TRIUNFO TRAS LA ADVERSIDAD	70
VICTORIA Y REDENCIÓN EN BRASIL	72
UN VIAJE FAMILIAR EN TIEMPOS DE CRISIS.....	75
ANITA ALBUJA	77
LA GRAN MOVILIZACIÓN EN PUNYARO	79
SABORES QUE CONQUISTAN	82
UN DÍA INOLVIDABLE	84
GLADYS VALLEJOS LASTRA	86
UNA LECCIÓN	89
ZAPATOS PERDIDOS	91
SUPERANDO JUNTOS.....	93
MÓNICA SOFÍA FIGUEROA GUEVARA.....	96
DE LA INSEGURIDAD A LA INSPIRACIÓN	99
DESAFIANDO EL PODER.....	102
MARIDO ES, QUE PEGUE NOMÁS.....	105
LA MORA PURGA LA MORA.....	108
AHÍ ESTÁ, MI DOCTORITA.....	110
ALEXANDRA ALEMÁN	113
VENCER LOS MIEDOS.....	116
EL PODER DE LAS CAMPAÑAS	118
DORYS RUEDA	121

MI VIAJE LITERARIO	124
LAS CARTAS	128
EL HORÓSCOPO	133
CUANDO EL AMOR SE CONECTA EN LÍNEA.....	137
EL AMOR: AYER Y HOY	142

PRÓLOGO

Otavaló, tierra de imponentes montañas y rica cultura, ha sido cuna de generaciones que han mantenido vivo un legado ancestral. En ese paisaje fértil y místico, las mujeres han jugado un papel protagónico como verdaderas arquitectas del futuro de nuestra comunidad. En “*12 voces femeninas de Otavalo: sus historias y anécdotas*”, Dorys Rueda nos ofrece una ventana privilegiada para conocer de cerca la vida de doce mujeres otavaleñas que han dejado una huella imborrable a través de su trabajo, sacrificio y lucha cotidiana.

Este libro va mucho más allá de ser una colección de historias personales. Es un compendio de vivencias que abren un abanico de emociones, desde la esperanza y la superación hasta el dolor y la resistencia. Las mujeres aquí retratadas son la representación viva de la diversidad de roles que las mujeres otavaleñas han desempeñado a lo largo de los años: desde la lucha por los derechos fundamentales hasta la conservación de los valores culturales, el arte, la educación, la gastronomía y la participación social. Cada una de estas voces refleja una arista distinta de lo que significa ser mujer en Otavalo, en un mundo que cambia a gran velocidad, pero que sigue necesitando de su fortaleza inquebrantable.

Dorys Rueda, con una sensibilidad única y una mirada aguda, nos permite no solo conocer las biografías de estas mujeres, sino

también sumergirnos en las complejidades de sus vidas. Nos invita a viajar junto a ellas en el tiempo, a comprender sus contextos y desafíos, y a celebrar con ellas sus victorias, tanto las grandes como las pequeñas, esas que construyen una vida plena y significativa. Este libro es una crónica íntima que revela cómo, a pesar de los obstáculos, estas mujeres han sabido tejer redes de solidaridad y apoyo, logrando transformar sus propias realidades y las de quienes las rodean.

Cada página de *“12 voces femeninas de Otavalo: sus historias y anécdotas”* nos acerca más a una verdad esencial: que detrás de cada lucha individual hay un legado colectivo, un hilo invisible que conecta a estas mujeres con las generaciones que les precedieron y con las que vendrán. No son solo sus historias las que nos conmueven, sino el impacto profundo y perdurable que han tenido en su comunidad. Aquí se revelan mujeres que, sin buscar protagonismo, han dejado marcas indelebles en la historia de Otavalo, no solo desde sus profesiones o roles familiares, sino desde su capacidad de inspirar, liderar y transformar.

A través de estas doce voces, también encontramos el eco de otras mujeres que, aunque no están explícitamente mencionadas, han jugado un papel crucial en la construcción del Otavalo moderno. Cada testimonio es una semilla que florece con la fuerza de una comunidad que se ha forjado en la diversidad, en la intersección de culturas y en la persistencia de las mujeres que, desde sus

diferentes ámbitos, han construido un futuro más justo y equitativo para todos.

Dorys Rueda ha sabido capturar con maestría la esencia de estas mujeres, no solo como figuras representativas, sino como seres humanos complejos y multifacéticos. Su obra es un llamado a reconocer la importancia de escuchar y visibilizar las voces femeninas, esas que a menudo se silencian o se pasan por alto. En *“12 voces femeninas de Otavalo: sus historias y anécdotas”*, Dorys nos invita a mirar más allá de la superficie, a indagar en las historias que sostienen nuestra identidad colectiva y a honrar el legado que estas mujeres nos dejan.

Este libro es, en última instancia, un tributo a todas aquellas mujeres que, con su valentía, sabiduría y amor por su tierra, han hecho de Otavalo un lugar más rico en humanidad y en esperanza. Es un testimonio vivo de que el verdadero poder de una comunidad reside en la fuerza de sus mujeres y en su capacidad de transformar el mundo que las rodea con paciencia, determinación y profunda entrega.

Hoy, al abrir estas páginas, no solo leemos sus historias y anécdotas; las vivimos, las sentimos y las celebramos.

Soraya Andrade

YOLANDA MAGDALENA DÁVILA CARRILLO

PIONERA DE LA SALUD Y EL BIENESTAR COMUNITARIO



Nacida en Otavalo, provincia de Imbabura, inició su educación a la edad de 3 años en el Jardín de Infantes 31 de Octubre. A los 6 años, comenzó su educación primaria en la escuela "La Inmaculada" de Otavalo y más tarde completó la secundaria en el Colegio Nacional Otavalo. Continuó su formación académica en la Universidad Central del Ecuador, donde obtuvo el título de Licenciada en Enfermería tras un período de cuatro años. Posteriormente, prosiguió su educación en la Universidad CARIT de San José, Costa Rica, donde se graduó como Obstetra. Además, obtuvo un título en Administración de Hospitales en el Banco

Hospital HOPE de Estados Unidos, ubicado en la Bahía de Guayaquil.

Al graduarse como Enfermera, inició su carrera profesional en el Hospital “San Luis de Otavalo” como jefa de enfermeras, en una institución que en ese entonces estaba a cargo de las Madres de la Caridad. Aunque en ese momento no poseía un título universitario en trabajo social, asumió dichas funciones debido a la falta de personal profesional especializado. Durante su tiempo en el hospital, identificó la necesidad de asistencia tanto cultural como económica en la comunidad y solicitó apoyo a la supervisora de educación para la implementación de un programa de alfabetización. Gracias a su gestión y a la aprobación recibida, lograron alfabetizar a 200 adultos mayores.

Con motivo del Día de las Madres, organizaba eventos especiales con la colaboración de transportistas y haciendas locales, proporcionando comidas y momentos de afecto a los participantes, muchos de los cuales nunca habían experimentado tal atención. Un ejemplo destacado de estas actividades fue en una de las haciendas de Cayambe, donde se les ofrecía borrego asado para que lo prepararan y compartieran juntos, fortaleciendo así el sentido de comunidad y cuidado mutuo.

En marzo de 2024, fue una de las 25 mujeres otavaleñas reconocidas en el mes de la mujer por su calidad humana y amabilidad.

AYUDA SOCIAL Y OBSTETRICIA

UN VIAJE DE PASIÓN Y SERVICIO



Yolada Dávila

Una de mis obras sociales fue solicitar a los señores Pinto Dávila, dueños de la Fábrica San Miguel, la donación de máquinas de coser y rollos de tela para confeccionar camisetas y busos. Gracias a esta

generosa donación, pudimos elaborar ropa nueva para muchos adultos mayores en Navidad. Me han contado que esas máquinas aún se guardan en la bodega del hospital.

Con el apoyo de CARE y CARITAS, recibíamos donaciones regulares de leche en polvo y otros alimentos. Luego, preparábamos la leche en el hospital y la distribuíamos diariamente a los más necesitados.

En una ocasión, llegó al país un barco de los Estados Unidos, como parte de un proyecto del expresidente John F. Kennedy. Este barco, que había servido en la Segunda Guerra Mundial, transportaba el Banco Hospital "HOPE". Pasé un año en este buque, participando en un curso de administración de hospitales.

Más tarde, estudié obstetricia en San José de Costa Rica durante cuatro años y obtuve el título de obstetra en una ceremonia en la que los títulos fueron entregados por el ministro de salud. Fui elegida para dar el discurso de despedida y agradecimiento en nombre de todos mis compañeros, provenientes de diferentes países. Fue un gran honor para mí.

Mis prácticas profesionales las realicé en una pequeña ciudad en la frontera con Nicaragua. Aunque había limitaciones de equipamiento y los hospitales estaban distantes, siempre sentí la presencia de Dios, pues Él era nuestro médico. Durante mis

prácticas, atendí a jóvenes de 15 y 16 años en situación de embarazo, tanto de Costa Rica como de Nicaragua.

Al regresar al país, tuve la oportunidad de trabajar en la compañía petrolera inglesa "Anglo", en Ancón, provincia de Guayas, como enfermera y obstetra durante 14 años, hasta la transición a "Cepe". Eventualmente, llegué a ocupar el puesto de matrona o jefa y conocí a muchos profesionales de distintas nacionalidades: ingleses, irlandeses y suecos.

UNA ENFERMERA POR EL MUNDO



Yolada Dávila

En 1977, cuando la compañía Anglo fue entregada a Cepe, tuve la oportunidad de viajar a Vancouver, Canadá. Sin embargo, el idioma fue un gran obstáculo que me impidió ejercer mi profesión, una situación que también enfrenté en Los Ángeles, California, donde pasé dos años y medio sin poder trabajar debido a la barrera del inglés.

Durante ese tiempo, trabajé como niñera para dos niños de 8 y 10 años en Malibú, un lugar conocido por ser hogar de muchos artistas. La madre de los niños era una talentosa pintora. Incluso tuve la oportunidad, durante un par de días, de cuidar a unos niños en un rancho que pertenecía al famoso actor Rock Hudson.

Posteriormente, trabajé en el hospital Shell Mera en Voz Andes, donde nos adentrábamos en la selva para vacunar a los niños y llevar medicinas. También impartíamos charlas sobre salud y alimentación. Un día, atendí a un nativo auca que tenía una lanza incrustada en el abdomen. Lo transportamos de pie en una barcaza hasta el hospital para evitar una hemorragia.

Una anécdota memorable fue la oportunidad de viajar por el mundo con José Francisco Cevallos, un anconeño cuyo barco se hizo famoso. La familia fue muy acogedora y tuve el honor de trabajar en Ancon Clinic, donde viví muchas experiencias enriquecedoras.

NOTA DIVERTIDA



Yolada Dávila

Entre los dones que Dios me concedió, la música destaca como uno de los más preciados. Desde los 8 años, cantaba en programas de la escuela y el colegio, y en los teatros Bolívar y Apolo. Una anécdota graciosa ocurrió durante el Día de la Madre en el teatro Apolo. Como solista, me pidieron cantar junto a otra niña que no tenía muy buen oído. Teníamos preparadas dos canciones: una dedicada a las madres y otra para una posible repetición.

El telón se abrió y comenzamos a cantar. Los músicos iniciaron con la primera canción, pero, nerviosa, empecé a cantar la segunda. El profesor, con rápidos reflejos, cambió la música a la segunda canción, pero en ese momento, yo volví a la primera. Todo se descontroló: el público no podía contener la risa. Mi familia estaba avergonzada y las monjitas que nos habían preparado estaban aún más apenadas. Nos cerraron el telón, pero nosotras seguimos cantando detrás de él, sin darnos cuenta de lo que ocurría a nuestro alrededor.

Al final, la risa del público y el caos del momento quedaron como una anécdota inolvidable de mis primeros pasos en el escenario.

AVENTURAS DE INFANCIA



Yolada Dávila

Uno de mis recuerdos más vívidos de la infancia ocurrió cuando tenía 4 o 5 años, en el jardín de infantes. Una niña traviesa me empujó a una pileta y, aunque no era profunda, sentí que me ahogaba, como si estuviera en medio de una gran piscina. Aquella experiencia me dejó una huella de temor al agua durante años.

Más tarde, cuando tenía 10 años, durante una excursión escolar a una piscina de aguas amarillas, caminaba por el borde, observando cómo los demás nadaban. Iba abrigada y no planeaba entrar al agua, pero de repente otra niña me empujó. Sin saber nadar y con el abrigo aún puesto, me encontré luchando desesperadamente por salir a flote. Esa fue la gota que colmó el vaso: decidí que aprendería a nadar y así fue cómo nació mi amor por la natación.

A lo largo de mi niñez y adolescencia, los juegos al aire libre marcaron muchos de mis mejores recuerdos. En las noches sin luz, jugábamos al fútbol de esquina a esquina de la calle, iluminados apenas por la luna. También recuerdo las caminatas nocturnas hasta Mojanda, mientras compartíamos historias y disfrutábamos del paisaje sereno.

Más adelante, en mi carrera profesional, trabajé en instituciones como el Colegio Alemán y la UTE, donde contribuí a desarrollar servicios médicos de primeros auxilios. Después de años de dedicación, finalmente me jubilé, satisfecha con lo que había logrado.

Para mí, vivir una buena vida significa dejar un legado de amor, bondad y alegría. He dedicado mi vida al servicio de los demás, lo que me ha ganado el cariño y respeto de muchas personas.

GLORIA RENGIFO

FORJADORA DE LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN



Maestra y docente de secundaria en varias instituciones de Imbabura, ha desempeñado un papel crucial como gestora cultural y funcionaria en las universidades Técnica del Norte y Otavalo. Su labor como conferencista, tallerista y editora ha sido fundamental en colecciones como "Universidad Lectora", "Pensamiento Crítico", "Inserción del Enfoque de Género en el Currículo Universitario", "Prensa Universitaria: Universidad Técnica del Norte 2002-2007" y en la página "Pido la Palabra" de la Escuela de Pensamiento Social Imbabura.

Como fundadora de varias instituciones culturales y sociales, ha dejado una huella indeleble en su comunidad. Entre sus logros se incluyen la Fundación Tucapu, el Círculo de Arte y Literatura de Imbabura, el Movimiento Cultural La Hormiga, el Frente de Artistas y Gestores Interculturales del Ecuador, la Red Solidaria de Mujeres de Imbabura, la Plataforma de Mujeres de Imbabura, la Red Provincial en Contra de la Violencia de la Mujer y la Familia, y la Escuela de Pensamiento Social Imbabura, fundada en 2019. También es miembro del equipo inicial de la página editorial “Pido la Palabra”.

En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres destacadas de Otavalo en el mes de la mujer, un homenaje a su aporte a la cultura y a la educación.

UN GRAN Y TERRIBLE INICIO



Gloria Rengifo

Los recuerdos de mi infancia y adolescencia me transportan a un Otavalo tranquilo y casi rural, lleno de amistades que florecían, compañerismo y la emoción de descubrir el mundo. Junto a mis queridas amigas, con quienes aún comparto esos momentos, iniciamos nuestros estudios en el Jardín de Infantes "31 de Octubre". Las maestras entrañables, como las señoritas Muriel y Blanca

Mosquera, nos guiaron con amor y dedicación en nuestros primeros pasos escolares.

Desde esa época, asumíamos responsabilidades que, para nuestra corta edad, parecían enormes: memorizar largos poemas para recitarlos en las fiestas patrias o en ceremonias donde recibíamos a personajes ilustres en nuestra ciudad. Vivía a pocas cuadras de la casa de la señorita Noemí Muriel, quien se encargaba de mi formación poética. Pasábamos tardes enteras aprendiendo y perfeccionando poemas, lo que sembró en nosotras un profundo amor por la literatura infantil, una pasión que ha perdurado con los años.

El paso por la escuela fue igualmente significativo. Muchas de nosotras seguimos declamando y representando a nuestras instituciones en certámenes literarios, cosechando éxitos y reconocimientos. Con esa experiencia a cuestas, llegamos al Colegio "Otavalo", una de las instituciones más prestigiosas de la provincia por su excelencia educativa.

En nuestro primer día en el colegio, conocimos a la señorita Nieves Rodríguez, una maestra bondadosa y amante de la poesía. Antes de la primera formación del año, se acercó a nosotras y, para mi sorpresa, me pidió declamar frente a todos. Nerviosa, me acerqué a la mesa de honor, donde se encontraban autoridades, maestros, invitados especiales y padres de familia.

¡Qué sorpresa y horror! La formación estudiantil era inmensa. Los estudiantes, impecablemente uniformados, me miraban expectantes y yo, paralizada por el pánico, olvidé por completo el poema. Me quedé sin palabras, con la vergüenza marcada en mi rostro durante mucho tiempo.

Así terminó mi carrera como declamadora de poemas, al menos por un tiempo. Años después, ya como maestra de Lenguaje y Literatura, tuve el honor de dirigir a mis propios estudiantes y representar nuevamente, con orgullo, al Colegio "Otavalo". De algún modo, el ciclo se cerró, y pude devolver a la institución todo lo que ella me había brindado a lo largo de los años.

EL CRISTO VIVIENTE



Gloria Rengifo

▲ principios de los años 2000, el Movimiento Cultural "La Hormiga" seguía con su incansable labor de promoción y difusión cultural, tarea que había iniciado con gran esfuerzo y logros en la década de los 90. Esta dedicación constante había ganado el reconocimiento y cariño de la ciudadanía y las instituciones con las que colaboraban.

Durante una de las celebraciones de Semana Santa en Otavalo, la orden de sacerdotes del Jordán invitó a varias agrupaciones,

incluido el Movimiento Cultural "La Hormiga", a participar en la procesión de Viernes Santo, la cual iba ganando notoriedad entre los fieles católicos. La participación consistía en presentar un cuadro viviente con un tema bíblico, que sería evaluado por los sacerdotes y el público, otorgando un premio a la mejor representación.

Este desafío era nuevo para nosotros, ya que nunca habíamos incursionado en temas religiosos. Nos pusimos manos a la obra para revisar los temas bíblicos, determinar la ubicación del cuadro viviente, seleccionar los personajes y organizar todos los detalles necesarios. El Movimiento contaba con un grupo humano multidisciplinario, entregado al hermoso voluntariado de convertir en realidad nuestros sueños y utopías. Este reto no fue la excepción y, con nuestro característico fervor, iniciamos el trabajo.

Michita Nicolalde, Nuria Rengifo, Susy Dueñas, Lieva Ceusters y todos los compañeros se encargaron de preparar el escenario en la esquina de las calles García Moreno y Roca, en el hermoso Hotel Riviera Sucre de Fredy Andrade, donde teníamos nuestras oficinas. El tema bíblico elegido fue el descenso de Cristo de la Cruz. Por esos días, un joven norteamericano muy alto, de piel blanca, pelo largo y barba castaña, llegó a Otavalo como turista y se alojó en el hotel. Pronto trabamos amistad con él y, gracias al manejo del inglés por parte de Fredy y Lieva, logramos convencerlo para que interpretara a Cristo en nuestro cuadro bíblico.

Él aceptó sin saber que sería visto por decenas de fieles que pasarían a su lado en la noche del Viernes Santo. Llegó el momento y la escena era impresionante. En medio de telones azul-celeste y riscos simulados, se encontraba un Cristo impactante cuya belleza causó una profunda impresión en la gente. Muchos fieles, hombres y mujeres, se acercaban a tocarlo y rezar junto a él. La procesión tuvo que detener su recorrido para permitir a los fieles su momento de recogimiento junto a este cuadro viviente que llenó de emoción el Viernes Santo otavaleño.

Días después, comenzamos a recibir felicitaciones de la ciudadanía y, desde luego, el primer lugar otorgado por los sacerdotes de la comunidad del Jordán.

SEMBLANZA CON AROMA DE CAFÉ



Gloria Rengifo

En las décadas de 1930 y 1940, la tranquila ciudad de Otavalo mantenía un ritmo de vida rural y sencillo, con escasas influencias externas en comparación con el impacto de la tecnología y las innovaciones actuales. La alimentación se basaba principalmente en lo que se cultivaba en los huertos familiares, mientras que el café, un producto que por entonces era visto como novedoso, se

había vuelto esencial en cada hogar. Estaba presente en todas las comidas y acompañaba las largas tertulias, iluminadas por la suave luz de velas o las primeras bombillas eléctricas que apenas comenzaban a aparecer en la ciudad.

Don Manuel Rengifo, mi padre, era un hombre emprendedor y visionario que fundó "La Vendimia", una tienda miscelánea donde se vendían productos innovadores de la ciudad y otros traídos de la capital. Con el tiempo, la tienda se hizo famosa no solo por sus dulces y golosinas, sino también por su inigualable pernil de cerdo y pan casero y, por supuesto, el café de Íntag, un área conocida por su producción de café, cítricos y panela.

Mi padre también fundó su propia empresa de café tostado y molido. Adquirió una máquina importada para el tostado, que se convirtió en todo un espectáculo, tanto en la tienda como en nuestro hogar. El proceso llenaba el ambiente con un aroma embriagador, que se impregnaba en cada rincón y en nosotros mismos. Como describiría Gabriel García Márquez, era un "amor convertido en granitos de oro".

Otavaleños de todos los rincones venían a comprar nuestro café y algunos traían su propio café casero para molerlo en un molino eléctrico diseñado por mi padre, una versión más grande de los molinos caseros que facilitaba obtener el deseado polvo de café con la fragancia perfecta.

La bondad de mi padre era legendaria y solía recompensar a los niños que venían con encargos con frutas cultivadas por mi madre en su huerto mágico. Aquellos tiempos felices duraron hasta la segunda mitad del siglo XX, hasta que la modernidad trajo consigo productos extranjeros como el café soluble y las sodas, pero el recuerdo del café de "Don Manuelito" permanece imborrable en el imaginario colectivo.

Hoy, nuestra hija, Jéssy Paola Rengifo Dávila, lleva adelante el legado familiar con su propia marca de café, GARE, manteniendo viva la tradición y el recuerdo de mi padre en un mundo que él nunca conoció, pero ayudó a formar.

ISABEL CRISTINA GUERRA VELASCO

UNA VIDA DE SERVICIO Y PASIÓN



Isabel Cristina Guerra Velasco nació el 13 de junio de 1955, en Otavalo. Es la segunda de doce hermanos y disfrutó mucho de su niñez, a pesar de las limitaciones económicas, ya que estuvo rodeada del cariño de sus abuelos, padres y tíos maternos.

Realizó sus estudios en la escuela fiscal Gabriela Mistral y en el Colegio República del Ecuador, donde se destacó en atletismo y baloncesto. Su talento y dedicación le permitieron formar parte de las selecciones provinciales en ambas disciplinas, en las que tuvo

una destacada participación. Fue campeona provincial en competencias de velocidad y salto y en baloncesto defendió los colores del Club Riverton, así como de diversas ligas barriales y parroquiales. Ha coordinado y dirigido equipos indígenas de Otavalo en eventos cantonales y provinciales y sigue activa como coordinadora y jugadora de un grupo intercultural de baloncesto.

A los 19 años, contrajo matrimonio con Jorge Alfredo Martínez Andrade, con quien tuvo cuatro hijos y ocho nietos, a quienes ha transmitido su pasión y amor por el deporte.

Fue coordinadora deportiva en Cementos Selva Alegre (hoy UNACEM), donde trabajó durante 19 años. También laboró en la Liga Barrial Valle del Amanecer y fue tesorera de la Liga Cantonal Otavalo (2008-2012), donde su administración fue considerada ejemplar. Entre sus logros se incluyen el cerramiento del complejo deportivo de la Liga y las mejoras en el coliseo Francisco Páez. Además, fue una dirigente constante del Club Básico Barrial Riverton.

Una faceta distinta al deporte ha sido su dedicación al servicio social. Ha trabajado con esfuerzo y dedicación en la recuperación de niños y jóvenes que huyeron de sus familias. Creó un albergue para 15 niños de la calle y, a pesar de las dificultades y la falta de apoyo local, logró reinsertar a siete de ellos en sus hogares, una experiencia que marcó su vida y su compromiso con los más desfavorecidos.

Su familia siempre ha estado involucrada en la gastronomía tradicional del Yamor. Desde niña, ha participado en esta actividad junto a su familia. Hace cinco años, asumió la administración del emprendimiento familiar "Sumag Yamor", reconocido en Otavalo y en todo el país como un ícono de la región.

En marzo de 2024, Isabel fue reconocida como una de las 25 mujeres destacadas de Otavalo durante el mes de la mujer, un homenaje a su dedicación y contribución a la comunidad.

NAVIDAD PARA LOS GOMERITOS



Cristina Guerra Velasco

Cuando trabajaba con los niños "gomeritos", llamados así por su adicción al pegamento, quise ofrecerles una Navidad diferente. Recorrí todos los almacenes de Otavalo, solicitando ayuda para brindarles una experiencia única que recordarían toda la vida. Este esfuerzo dio frutos: logré reunir ropa nueva, alimentos y golosinas para cada uno de ellos.

Antes de la Navidad, organicé un evento especial para estos niños. Cada uno recibió ropa nueva y deliciosos confites. Además, preparé una comida especial, algo que muchos de ellos nunca habían tenido en sus hogares. Fue una noche única en la que los chicos disfrutaron de los caramelos y chocolates que habíamos conseguido, y se deleitaron con una comida abundante.

Mi recompensa fue inmensa al ver las caras de alegría de los niños y escuchar sus risas y carcajadas. Esta experiencia me enseñó que el esfuerzo y el amor pueden transformar vidas, aunque sea solo por un día.

MARGARITA MORENO

LA HISTORIA DE UNA VIDA JEMPLAR



Margarita Moreno, nacida el 29 de marzo de 1989 en Otavalo, ha dejado una huella imborrable en su comunidad y en la vida de quienes la rodean. Como la menor de cuatro hermanos, siempre fue la consentida de la familia y cada uno de ellos tuvo una influencia profunda en su formación. Wilson, el mayor y mecánico de profesión, le transmitió desde pequeña las habilidades prácticas de la mecánica. Gloria, odontóloga, fue quien moldeó su radiante sonrisa. Mientras que Luis, encargado de la seguridad en la Plaza Shopping, despertó en ella una pasión por el deporte, en especial por el fisicoculturismo.

Desde una edad temprana, Margarita mostró una independencia inquebrantable. Ya en su segundo año escolar, caminaba sola a la escuela, aprendiendo a valerse por sí misma. Aunque no siempre fue perfecta, su empeño por no preocupar a sus padres la impulsó a enfrentar muchas de sus tareas por su cuenta. Las tardes estaban llenas de juegos y risas junto a sus hermanos, mientras su madre se aseguraba de que disfrutaran de una alimentación sana y equilibrada, con delicias tradicionales como tostado de dulce, chochos con tostado, machica y sango.

Las vacaciones escolares eran una época especial para Margarita, quien visitaba a sus abuelos maternos en San José de Minas. Allí, se sumergía en las tareas del campo, aprendiendo el valor del trabajo duro y la humildad.

Margarita inició su educación en el Jardín de Infantes Jaime Burbano Alomía y continuó en la escuela de niñas Isaac J. Barrera, donde se destacó por ser una estudiante tranquila y aplicada. Durante la secundaria, primero en el Colegio España y luego en el Colegio República del Ecuador, descubrió su pasión por la creación de prendas de vestir y las materias sociales, lo que la llevó a inclinarse por el Derecho. En la Universidad Regional de los Andes (UNIANDES), se destacó no solo por su excelencia académica, sino también por ser una compañera leal, logrando equilibrar exitosamente sus estudios con el trabajo. En ese entorno, formó

amistades duraderas y fue inspirada por profesores que la motivaron a dar siempre lo mejor de sí misma.

Al finalizar su carrera de Derecho, descubrió que estaba embarazada. Aunque inicialmente sintió temor, la noticia le trajo alegría y fuerza. Con determinación, completó su tesis y dio a luz a su hijo Matías el 25 de noviembre de 2012. Posteriormente, decidió dedicarse a la maternidad y, para garantizar un entorno saludable, tomó la valiente decisión de separarse del padre de su hijo.

En 2014, Margarita asumió el desafío de convertirse en policía municipal de Otavalo, desempeñándose en roles diversos como patrullaje, seguridad en oficinas y control de patentes. Durante una inspección en Champaquí, enfrentó un conflicto con la comunidad local, del que salió ilesa gracias a la intervención de sus compañeros y una líder comunitaria. Actualmente, forma parte del Grupo Motorizado de la policía. A finales de 2016, culminó sus estudios y se graduó como abogada

El deporte ha sido una constante en la vida de Margarita, comenzando con el atletismo en la secundaria y expandiéndose al ciclismo y la natación. Se ha destacado en competiciones como un triatlón nacional, donde obtuvo el segundo lugar, y un Ironman, alcanzando un sexto lugar en su categoría. Su dedicación diaria al entrenamiento le ha valido numerosos reconocimientos en ciclismo.

En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas más destacadas por su contribución a la comunidad.

EL DESAFÍO DEL IRONMAN

MI VIAJE PERSONAL



Margarita Moreno

Desde mi adolescencia, el deporte ha sido una pasión que me ha impulsado a superar mis propios límites. En mayo de 2022, decidí llevar esa pasión a un nuevo nivel y me inscribí en un Ironman, un desafío que sabía exigiría lo mejor de mí. Aunque ya entrenaba en las tres disciplinas necesarias, sabía que debía intensificar y reorganizar mis rutinas para adaptarme a las largas distancias que el Ironman requería. Con el apoyo de mis entrenadores en

atletismo, ciclismo y natación, reestructuramos mi plan de entrenamiento para preparar mi cuerpo y mente.

Mis días comenzaban a las 4:30 de la mañana. Salía a correr o rodar, dependiendo del día, antes de volver a casa para preparar el desayuno y llevar a mi hijo a la escuela. A las 8:00, comenzaba mi turno de trabajo. Al terminar a las 17:00, me dirigía a la piscina, donde enfrentaba mi mayor reto: la natación. Me esforzaba al máximo, nadando más de 3,000 metros diarios. Una vez a la semana, realizaba las tres disciplinas juntas, preparando mi cuerpo para lo que estaba por venir.

El 13 de junio de 2022, el país se vio sacudido por un paro debido al alza del precio de la gasolina, lo que complicó mi rutina. Con las calles bloqueadas por manifestantes, tuve que adaptar mis horarios. Empezaba a correr o rodar a las 6 de la mañana y utilizaba mi hora de almuerzo para entrenar natación. Aunque las circunstancias eran difíciles, no permití que nada interfiriera con mi preparación.

El Ironman estaba programado para el 3 de julio, pero debido al paro, se reprogramó para el 17 de julio. Una semana antes, participé en un triatlón en el lago San Pablo. Estaba físicamente preparada, pero el frío del lago afectó mi respiración, obligándome a abandonar la prueba después de 600 metros. A pesar de la decepción, mi entrenador me alentó a seguir adelante y enfocarme en el Ironman.

El 15 de julio, viajé a Manta con mis amigos para el gran evento. Conocimos la ruta de ciclismo, registramos nuestros dorsales y chips, y nos preparamos para la competencia. La noche antes del Ironman, apenas dormí debido a los ronquidos de uno de mis amigos, pero a las 5:00 de la mañana ya estaba lista para enfrentar el desafío.

Con un poco de nerviosismo y el recuerdo del triatlón aún presente, me lancé al agua con determinación. Superé la natación y me preparé para los 90 km en bicicleta. En el recorrido, un entrevistador me distrajo momentáneamente, ayudándome a olvidar el cansancio. Finalmente, corrí los 21 km restantes, hidratándome en cada estación para mantener mi energía.

Cruzando la meta, me invadió una ola de felicidad y orgullo. Había completado mi primer Ironman, quedando sexta en mi categoría, un logro que me llenó de satisfacción. Celebré con mis amigos sintiendo que, a pesar del cansancio, estaba llena de energía y lista para enfrentar nuevos desafíos.

El lunes, regresé a casa con una sensación indescriptible de logro. Agradecida con mis entrenadores, Edison Pumacuro, Lenín Paspuel y Darío Quilumba, comprendí que no hay límites cuando se tiene la determinación y el espíritu de lucha. Completar un Ironman me recordó que, con esa misma dedicación, puedo enfrentar cualquier desafío que la vida me presente.

CONTROL DE PATENTES



Margarita Moreno

En julio de 2017, la Jefatura de Rentas me asignó la supervisión de las patentes municipales. Durante varias semanas, realicé controles en la ciudad y sus barrios, resolviendo cualquier inconveniente junto con mis compañeros. Tras completar esta fase, nos dirigimos a las comunidades locales.

Un viernes, acompañada de un colega de la policía municipal, fui a la comunidad de Calpaquí para verificar las patentes en tiendas y talleres mecánicos, entre otros negocios. Pronto descubrimos que la mayoría de los negocios no contaban con la patente municipal requerida, por lo que emitimos notificaciones para que regularizaran su situación en un plazo de 15 días laborables.

Sin embargo, no anticipamos la reacción de los comuneros. Mientras realizábamos un control en una tienda cerca de la entrada a Espejo, fuimos confrontados de manera agresiva. Un grupo de aproximadamente 20 hombres y 15 mujeres comenzó a jalonearnos. A pesar de los esfuerzos de mi compañero por protegerme, la multitud lo superó y fui arrastrada hasta la casa comunal por un grupo de mujeres.

Con mi teléfono celular oculto, logré alertar a mis colegas sobre la situación. Los comuneros insistían en no liberarme hasta que el alcalde, el abogado Gustavo Pareja, llegara para negociar. Después de dos horas de estar confinada, mis compañeros llegaron al lugar. En ese momento, contacté a una gran amiga y figura maternal, la abogada Mariana Perugachi, dirigente en otra comunidad. Ella logró dialogar con los comuneros para entender sus demandas.

Finalmente, la ingeniera Daniela Cisneros, en representación del Municipio, llegó para mediar en una asamblea general. Tras las deliberaciones, se acordó que la comunidad administraría los permisos de sus negocios. Como parte del acuerdo, tuve que

ofrecer disculpas públicas, a pesar de que solo estaba cumpliendo con mi deber.

Mis compañeros y amigos me apoyaron durante todo el proceso, asegurándose de que estuviera bien y pudiera regresar a casa. Esta experiencia fortaleció mi carácter y me enseñó a mantener la fortaleza y la vigilancia en cualquier situación.

RAÍCES Y RECUERDOS



Margarita Moreno

Cómo olvidar las tan anheladas vacaciones de fin de año escolar, cuando mis hermanos y yo viajábamos a la casa de nuestros abuelos en San José de Minas, un pequeño pueblo en la provincia de Pichincha. Aunque el viaje desde Otavalo duraba dos horas en un incómodo autobús que operaba solo tres veces por semana, la aventura valía cada minuto. Una vez en Minas, Gloria, Luis y yo

enfrentábamos un trayecto de dos horas a pie hasta San Isidro de Asilla, donde vivían nuestros abuelos Leticia y Alberto. A pesar de que el camino era un sendero de tierra lleno de cuestas y bajadas, la emoción de ver a nuestros abuelos hacía que se sintiera corto.

Ellos, siempre bondadosos y acogedores, nos esperaban con los brazos abiertos, ansiosos por nuestra compañía en su habitual soledad. Gloria, la mayor, no tardaba en trepar al árbol de tocte para colgar un columpio, mientras la casa nos recibía con el aroma del tostado recién hecho y las frutas de temporada dispuestas en la cocina.

Un día típico en casa de los abuelos comenzaba al amanecer, cuando ambos rezaban el rosario a las cinco de la mañana. Mi abuelo salía a buscar la vaca que tenían, mientras mi abuela se encargaba de ordeñarla para preparar la leche del desayuno. Me encantaba unirme a ella, cuchara en mano, para espumar la leche fresca. Luego, nosotros, los niños, íbamos a buscar agua a una acequia a un kilómetro de distancia, una tarea que nos llenaba de alegría. Mientras tanto, mi abuela preparaba el desayuno y mi abuelo trabajaba en el campo.

Por las tardes, después de almorzar y colaborar en las labores del campo, disfrutábamos de largas caminatas por los terrenos, trepábamos árboles y jugábamos en el columpio. Al atardecer, ayudábamos a mi abuelo a llevar el ganado a beber cerca de la casa. Cada día concluía con una visita a la casa de mi tía, donde

rezábamos el rosario con los vecinos y luego jugábamos en el patio hasta la medianoche.

Los domingos eran especiales. Sin la tarea de buscar agua, desayunábamos temprano y nos preparábamos para ir al pueblo. Asistíamos a misa y recorríamos las tiendas donde mi abuela solía pagar cuentas y comprar víveres. Regresábamos a casa por la tarde, cansados pero felices, disfrutando de la compañía de mi abuela mientras cocinaba.

El último día siempre era agrídulce. Nuestros abuelos, visiblemente emocionados y tristes, nos veían partir, deseando que nos quedáramos. La despedida incluía un caldo especial, preparado con un gallo o gallina que nosotros mismos corríamos a atrapar, simbolizando el final de nuestras vacaciones.

Aquellos días en el campo, lejos de las comodidades de la ciudad, me enseñaron a apreciar la sencillez y la profunda belleza de una vida en armonía con la naturaleza. Aunque hoy, con las responsabilidades crecientes, no puedo visitar tan a menudo el campo, atesoro en mi corazón cada instante vivido y las invaluable lecciones de mi abuela Leticia, una mujer cuya alegría y gratitud me inspiraron a vivir plenamente.

SARAÍ CAHUASQUÍ

LA VOZ DEL CAMBIO



A lo largo de la vida, acumulamos nombres y adjetivos que intentan definirnos, pero es nuestra esencia la que verdaderamente revela quiénes somos. La historia de Saraí Cahuasquí es una auténtica odisea de resiliencia, transformación y servicio. Nacida en la "Atenas Suramericana" un emblemático Día de las Velitas, su origen se entrelaza con el legado del pueblo Kichwa Otavalo, una familia que migró a Colombia en busca de un sueño.

En su infancia, Saraí creció en un hogar marcado por la turbulencia, donde las palabras hirientes y la violencia física eran una constante. A pesar de este entorno, figuras clave como su maestra Josefina Haro se convirtieron en faros de esperanza, vislumbrando en ella un futuro lleno de promesas. Su madre, una comerciante incansable, le inculcó el valor del trabajo duro y la perseverancia, enseñanzas que serían fundamentales en su vida.

A los dieciséis años, Saraí enfrentó de lleno la cruel realidad de la violencia doméstica, viviendo con el miedo constante por la seguridad de su madre. Esta experiencia no solo la marcó profundamente, sino que despertó en ella el firme deseo de ser una voz para quienes no pueden hablar y que han normalizado la violencia en sus vidas. En 2015, tras un intento frustrado de ingresar a la universidad, encontró refugio en la música, formándose en el Instituto Canzion, donde descubrió su liderazgo y propósito.

Su camino académico la llevó a la Universidad de Otavalo, donde gracias a becas y trabajando en el negocio familiar, logró financiar sus estudios. En 2021, recibió una beca de la Fundación Hanns Seidel, lo que le permitió no solo continuar su educación, sino también involucrarse en proyectos comunitarios significativos. Su primer voluntariado en el Consejo Cantonal de Protección de Derechos de Otavalo le reveló las complejidades de la justicia en las comunidades. En 2022, lideró un proyecto de huertos familiares en

Quinchuquí y en 2023, cofundó "Katik Mind", un proyecto dedicado a desarrollar el pensamiento crítico en niños vulnerables.

El año 2023 fue un periodo de crecimiento exponencial para Saraí, participando en múltiples programas de liderazgo y representando a Ecuador en eventos internacionales. En 2024, tuvo el honor de representar nuevamente a su país en el World Youth Festival en Rusia y exploró brevemente el ámbito político, incrementando su interés en este campo.

Saraí Cahuasquí es una mujer multifacética, que ha encontrado su propósito en el servicio, el comercio, la música, la academia, el derecho, la política y el activismo. Su historia es un testimonio vivo de cómo el dolor puede transformarse en una obra de arte, cosiendo los fragmentos rotos de la vida para crear una nueva realidad. En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas más destacadas por su labor, un reconocimiento bien merecido por su dedicación y esfuerzo inquebrantables.

LA NIÑA QUE VENDÍA HIERBAS



Saraí Cahuasquí

El camino que recorremos a veces parece carecer de un destino claro. Es fácil encontrarse actuando por inercia, cumpliendo con una rutina que no tiene más motivación que la de simplemente hacer las cosas. A finales de 2023, me sumergí en diversas actividades, enriqueciendo mi conocimiento a través de capacitaciones y talleres. Sin embargo, al concluir el año, me

invadió la incertidumbre sobre mis metas y cómo alcanzarlas, cuestionando mi origen y propósito.

Al comenzar 2024, sentía que todo lo hacía contra reloj. No importaba dónde estuviera, siempre sentía que estaba atrasada, ya fuera con el fin de mi carrera, el trabajo de titulación, el negocio familiar, el voluntariado, mi empleo o las actividades en la Fundación Hanns Seidel. Aunque encontré cierta armonía en mantenerme tan ocupada, perdí el equilibrio entre el trabajo y el descanso y empecé a cuestionar mi verdadera motivación.

Una mañana de febrero, mientras esperaba junto a mi hermana en la sala de espera de un médico general, una pareja llegó con su pequeño hijo, que parecía ser el paciente. Era una mañana soleada, pero mi preocupación se centraba en la salud de mi hermana, quien aguardaba que nuestra madre hablara con el doctor sobre su condición. Mi madre, siempre alegre y conversadora, llegó y comenzó a charlar con la pareja sobre la salud y las generaciones futuras.

Mientras tanto, mi mente viajó a una postulación que había hecho en 2023 para un festival internacional de jóvenes. Recordé que nunca había recibido la notificación de aceptación y, con cierto desánimo, le comenté a mi hermana que probablemente nunca conocería Rusia. Revisé mi teléfono y mi correo electrónico, y mi corazón dio un vuelco al ver que había sido seleccionada para el World Youth Festival 2024 en Sochi, Rusia. Increíblemente, le pasé el

teléfono a mi hermana para que verificara si mi traducción era correcta y lo confirmó. Mi madre rompió en llanto de alegría, mi hermana me abrazó y dijo: "¿Ves? Yo te dije que serías seleccionada". La pequeña sala de espera se llenó de alegría y color, y hasta la mujer que había llegado nos felicitó y preguntó sobre el festival.

Le expliqué brevemente que se trataba del mayor festival de juventudes, dirigido a profesionales, voluntarios, líderes y activistas de todo el mundo. Desde Ecuador, fuimos seleccionados cincuenta representantes de diferentes nacionalidades. El festival cubría nuestros gastos de hospedaje y alimentación, pero el pasaje de algunos debía ser pagado por cada uno. Era un espacio para generar cooperación internacional y conocer la diversidad global. Mis emociones antes del viaje eran una montaña rusa; aunque el festival no cubría mi pasaje, la felicidad de haber sido seleccionada persistía. Me llené de preguntas sobre por qué Dios me daba esta gran oportunidad sin los recursos para aprovecharla.

Tras la celebración en esa pequeña sala y las palabras de la mujer, mi madre me recordó algo que siempre me ha dicho: que Dios me hizo para cosas grandes. La mujer le preguntó a mi madre sobre su origen y resultó que la había visto en su niñez, vendiendo hierbas en la ciudad. En ese momento, comprendí el verdadero significado del trabajo de mi madre y su dedicación desde pequeña.

Esa frase fue un recordatorio poderoso de mi identidad y propósito en la vida. No se trataba solo del festival; cada capacitación y proyecto en los que me involucré me abrieron el horizonte hacia algo más grande. Cada sacrificio tuvo su recompensa y cada paso y decisión tomada en el pasado cobraron sentido. Recordé de dónde vengo: de esa niña que vendía hierbas en las calles y en el mercado.

Este camino no termina aquí; las palabras de mi madre me llevaron más allá y me hicieron entender algo fundamental. Para poder ir a Rusia, hice un esfuerzo personal para capacitarme y aprender. Pero para tener esas oportunidades, hubo un esfuerzo previo, el de mis padres, especialmente el de mi madre, quien siempre buscó la excelencia en cada acción. Tal vez ella no logró cursar estudios, pero vio a sus hijas lograrlos. El viaje a Rusia no fue el destino final; esta historia sigue escribiéndose. Mi madre sigue siendo la misma niña con una voluntad inquebrantable y yo, su hija, ahora soy una mujer igualmente inquebrantable.

ESA NIÑA SIGUE AQUÍ



Saraí Cahuasquí

Después de más de diez años sin contacto alguno con mi familia paterna, finalmente regresé a esa casa de los abuelos, caminando de nuevo sobre ese suelo de concreto que había sido testigo de tantas tardes de juego. Era el lugar donde, ignorando los regaños de nuestros padres, mis primos, mis hermanas y yo imaginábamos las más alocadas aventuras, inventando un juego tras otro hasta

que la tarde o la noche nos obligaba a detenernos. Para nosotros, esa casa fue siempre un refugio de diversión, reencuentro y descanso, donde los juegos solo se interrumpían por el llanto de alguno de nosotros, herido por nuestras propias travesuras.

La casa era de nuestros abuelos, papito Miguel y su esposa, pero para todos sus nietos siempre será la casa de mamita Juanita, la casa de los abuelos. Al volver, noté que la casa no había cambiado mucho, como si hubiera estado esperando recibirnos otra vez. Aquellas escaleras, sin seguridad alguna, parecían aguardar a algún valiente que se atreviera a saltar desde la grada más alta, como en los viejos tiempos.

Al cruzar la puerta principal, una agonía recorrió mis huesos, cuestionándome por qué no tuve el coraje de ignorar los comentarios de la familia en el pasado y correr a los brazos de mis abuelos antes de que pasaran tantos años sin saber de ellos. En mi mente surgieron toda clase de preguntas: ¿Por qué no disfruté más tiempo con mi abuelo, quien en esa década había perdido casi por completo la vista? ¿Cómo es posible que una sola versión de la historia pudiera contaminar y separar a toda una familia? Cuestioné todo lo vivido, las decisiones tomadas y las maneras en que se desarrolló nuestra historia. Pero al volver al presente, me di cuenta de que algo se había mantenido intacto: el amor de mi mamita.

En algunas viviendas tradicionales kichwas, era costumbre construir con tierra una casa más pequeña, llamada “yanuna uku”, donde se encontraba la tulpa, un espacio para reunirse alrededor del fuego, cocinar, comer y compartir momentos en familia. Esta casita formaba parte de la vivienda de mamita Juanita, ubicada detrás de la casa con dormitorios. La pequeña casita estaba tal como la recordaba, dividida en dos cuartos, con un escalón en medio para evitar que los cuyes cruzaran a la otra habitación, que se utilizaba para guardar alimentos, ollas y recipientes.

El interior de la casita no había cambiado mucho. El cuarto más oscuro era donde se encontraba la tulpa, con paredes ennegrecidas pero iluminadas por la luz y el calor del fuego. La otra habitación, iluminada tenuemente por bombillos amarillos, dejaba entrever un ligero tono beige en las paredes, el mismo de la última vez que se pintó. En una esquina, una mesa tan oscura por el paso del tiempo parecía haber acumulado tantas historias como hijos y nietos habían pasado por allí.

En una de las paredes de esa habitación, unos stickers me devolvieron a mi infancia. Recordé que, cuando tenía siete u ocho años, dejé que mi curiosidad me llevara a rebuscar entre las cosas que mi abuelo guardaba en el segundo piso. Siempre había sido su costumbre leer y guardar periódicos, y en una ocasión encontré uno que no parecía tan antiguo. Me senté junto a la ventana y lo leí casi por completo, hasta que un titular me impactó: mencionaba

que solo uno de cada cuatro niños que crecen sin su padre logra tener éxito como adulto.

Siempre he sido muy expresiva, así que imagino que mi cara en ese momento reflejó un gran descubrimiento. Desde niña, me encantaba conocer cifras y datos interesantes, y ese en particular me impresionó tanto que, siendo ya consciente de mi infancia difícil dentro de una familia disfuncional, con un padre ausente que nos maltrató en lugar de protegernos, pausé la lectura y, con la determinación de alguien que se aferra a la vida, me dije: "Yo voy a ser esa persona, seré esa niña que, entre cuatro, logrará tener éxito".

Este recuerdo me estremeció, trayendo a mi mente una cascada de memorias de todo lo vivido y logrado hasta ese momento. Me di cuenta de que la gracia de Dios me había sostenido a lo largo de los años y que mi concepto de éxito no se medía en posesiones materiales, sino en hacer lo que me apasiona: estudiar música, terminar la universidad, viajar y representar a Ecuador en instancias internacionales, ayudar a los niños a través de Katik Mind, y seguir soñando en grande. Estos recuerdos me permitieron volver a ver a esa niña junto a la ventana, con un periódico en las manos y una promesa que Dios nunca olvidó. Esa niña seguía ahí, mostrándome nuevamente el camino correcto.

La memoria también se activa con los olores, como el aroma inconfundible de la comida de mamita, cocinada al fuego de la tulpá

con los condimentos más naturales. Al probar esos alimentos, no pude evitar romper en llanto. Recordé a mis tíos reunidos alrededor de la mesa, compartiendo momentos que en su momento parecían insignificantes, pero que ahora son tesoros que nadie nos puede arrebatar. Porque si de algo somos verdaderos dueños, no es del tiempo, sino de esos pequeños momentos que nos quedan grabados.

Hay detalles que reviven los recuerdos, haciéndolos cobrar vida y llegar hasta lo más profundo del alma, trayendo el pasado al presente y revolviendo el corazón. Para reencontrarme con esa niña, solo tuve que regresar a los brazos de mis abuelos, a la casa de mamita Juanita, y darme cuenta de que, en realidad, esa niña nunca se fue. Siempre estuvo ahí, con la misma determinación de antes y la misma motivación por descubrir el mundo.

FABIOLA ESPERANZA CARILLO

LA MATRIARCA DEL PAN TRADICIONAL



Fabiola Esperanza Carrillo, quien nació el 2 de enero de 1954 en Otavalo, es hoy una figura emblemática en su comunidad y una fuente constante de inspiración para su familia, ahora a sus 70 años. Hija de Rosa Carrillo Buitrón y Rafael Chasipanta, Fabiola es la mayor de siete hermanos y madre de cinco hijos: Mery, Evelyn, Janeth, Geovanny y Cristian. También se enorgullece de ser abuela de siete nietos y dos bisnietas.

Comenzó sus estudios en la Unidad Educativa La Inmaculada y los continuó en el Colegio República del Ecuador, pero tuvo que dejar

la escuela en segundo curso debido a la precaria situación económica de su familia. A los 16 años, comenzó a trabajar en hornos de leña para ayudar en el sustento familiar.

A la edad de 18 años, Fabiola ya era experta en la elaboración de pan tradicional en hornos de leña. Cuando Lucila Gómez, dueña del horno donde trabajaba, cayó enferma, Fabiola fue seleccionada para reemplazarla. Al darse cuenta de que podía ganar más por su cuenta, decidió independizarse y abrir su propio horno con el apoyo de su familia.

Inicialmente, alquiló un horno en el barrio San Blas, propiedad de Estercita Males. Con esfuerzo y dedicación, Fabiola finalmente compró un terreno y construyó su propio horno de leña. Su jornada laboral comenzaba a las 11 de la noche y terminaba a las 3 de la tarde del día siguiente, siempre impulsada por el deseo de ofrecer a su familia un futuro mejor y evitar que enfrentaran las dificultades económicas que ella había sufrido.

La comunidad de Otavalo reconoce y valora profundamente a Fabiola por sus 52 años dedicados a la producción de exquisito pan de leña, que disfrutaban tanto los locales como los visitantes. Desde joven trabajó incansablemente superando múltiples desafíos, incluyendo incendios y otras adversidades, con la ayuda de su fe en Dios y un espíritu de trabajo inquebrantable.

En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas por su labor y contribución a la ciudad.

CAMINOS NOCTURNOS



Fabiola Esperanza Carillo

En las frías noches de Otavalo, cuando la ciudad parecía sumergida en un profundo sueño, nosotros, los trabajadores de la panadería, marcábamos el inicio de nuestra jornada bajo el manto estrellado.

A las once en punto, nos reuníamos con el llamado que nos convocaba a comenzar el trabajo nocturno. Entre risas y conversaciones que tejían la madrugada, hacíamos más llevadero el paso de las horas.

Una noche, mientras nuestras sombras se alargaban sobre el empedrado camino hacia la panadería, nos topamos con una escena tan inusual como desconcertante: el suelo estaba sembrado de sures, monedas dispersas que brillaban bajo la luz tenue de las farolas. La curiosidad se mezcló con cautela cuando, a pocos metros de distancia, descubrimos a un grupo de personas en evidente estado de ebriedad, cuyas miradas pesadas e impredecibles nos hicieron detenernos.

Optamos por no recoger el dinero, guiados por un instinto de prudencia más que por temor, mientras nuestras plegarias silenciosas ascendían pidiendo protección. Con el corazón acelerado, pero sin alterar nuestro paso, llegamos finalmente a la panadería para empezar nuestro turno.

Cada noche se convertía en una aventura, cada trayecto era un desafío y un relato de supervivencia. Sin embargo, el alivio de llegar a nuestro destino ya fuera la panadería o el cálido regreso a casa, nos devolvía la paz. En ese ambiente de camaradería y apoyo mutuo, habíamos forjado más que un equipo de trabajo; éramos

una familia extendida, cuya fortaleza residía en la unión y el apoyo incondicional entre nosotros. En esas largas noches, no solo amasábamos pan, también fortalecíamos lazos que nos hacían invencibles ante las incertidumbres de cada jornada.

LA NOCHE DEL HORNO ARDIENTE



Fabiola Esperanza Carillo

Quiero compartir un episodio que marcó el inicio de mi carrera como panadera, un suceso que moldeó en mí un espíritu más fuerte y cauteloso. Fue una experiencia llena de tensión que, aunque difícil, me dejó valiosas lecciones que he aplicado a lo largo de los años.

Era una fría noche cuando decidimos encender el horno de la panadería para preparar el pan del día siguiente. Lo que siempre había sido una rutina segura y controlada, esa vez tomó un giro inesperado. Sin darnos cuenta, aumentamos bruscamente la intensidad del fuego, desatando una situación que pronto se volvió peligrosa.

De repente, el horno expulsó una llamarada feroz, como si una lengua de fuego hubiera despertado con un potente "¡boom!" que retumbó en todo el local. La llama, descontrolada y furiosa, escapó del horno, extendiéndose rápidamente y encendiendo toda el área circundante. En cuestión de segundos, la calma de la noche se convirtió en caos.

En medio del pánico, intentamos sofocar el fuego con agua, luchando desesperadamente por controlarlo. Afortunadamente, logramos contener las llamas antes de que consumiera todo. Sin embargo, el daño ya estaba hecho: perdimos varias horas de trabajo y la tensión de la situación nos dejó exhaustos, tanto física como emocionalmente.

Esa noche, mientras el humo se disipaba y el miedo seguía presente, me encontré reflexionando sobre lo sucedido. No solo habíamos enfrentado un peligro físico, sino también un duro golpe emocional y económico. El esfuerzo de ese día, junto con la pérdida

de materiales y trabajo, se desvanecía frente a nuestros ojos. Me preguntaba una y otra vez: "¿Cómo saldremos de esto?" Sin embargo, con el tiempo, comprendí que este incidente no representaba un fracaso definitivo, sino el comienzo de una valiosa lección que me acompañaría a lo largo de mi carrera.

Me enseñó a valorar la importancia de la precaución y el respeto por cada herramienta que utilizamos en el oficio. El horno, que siempre había sido nuestro aliado en la creación del pan, se convirtió en un recordatorio de que incluso lo más cotidiano requiere atención y cuidado. Desde entonces, he asumido mi trabajo con mayor prudencia, asegurándome de no dejar nada al azar.

Los errores son inevitables, pero también son las mejores oportunidades para aprender y crecer. Esa experiencia me convirtió en una panadera más cuidadosa y comprometida, consciente de que, en este oficio, no solo importa lo que hacemos, sino cómo lo hacemos.

PAN EN TIEMPOS DIFÍCILES



Fabiola Esperanza Carillo

Don José Caluqui es una figura querida y respetada en nuestra comunidad, un panadero cuya dedicación y sagacidad fueron puestas a prueba durante los turbulentos días de movilizaciones y paros nacionales.

En aquellos tiempos de tensión, Don José se convirtió en un símbolo de perseverancia. A bordo de su fiel bicicleta, se aventuraba cada día a cruzar calles bloqueadas y laberintos de barricadas, con su preciosa carga de pan fresco destinada a los vecinos y comercios locales. A pesar de los obstáculos, su compromiso con su oficio nunca flaqueaba.

Frecuentemente se encontraba cara a cara con barricadas y manifestantes. En su empeño por cumplir con sus entregas, Don José a menudo tenía que negociar su paso. Muchas veces, esto significaba regalar parte de su pan a los manifestantes hambrientos, una generosidad involuntaria que se transformaba en una especie de peaje para poder continuar su ruta. En situaciones más extremas, podía llegar a perderlo todo, pero incluso entonces, su espíritu no se quebrantaba.

La historia de Don José no es solo un relato de supervivencia y adaptabilidad, sino una ilustración vívida de cómo el ingenio y un espíritu inmutable pueden transformar los desafíos en oportunidades para reafirmar la solidaridad y la comprensión en tiempos de crisis. Su bicicleta, cargada de pan y esperanza, se convirtió en un pequeño faro de normalidad y generosidad en medio del caos, recordándonos a todos la importancia de seguir adelante, sin importar los obstáculos.

ARLA TITO SALAZAR

ESPÍRITU DE CAMPEONA



Carla Darnelly Tito Salazar, nacida en Quito el 1 de marzo de 2000, es una deportista ecuatoriana de renombre que desde su infancia ha mostrado un compromiso indomable con el deporte y la excelencia. Hija de María Iralda Salazar Jácome y Henry Mauricio Tito Fernández, Carla se trasladó a Otavalo siendo muy joven, donde creció en el vibrante entorno del taller mecánico familiar junto a sus hermanos menores, Sthefano y Victoria, sumergiéndose en una niñez rica en experiencias y travesuras.

Desde sus primeros años escolares en el jardín Benjamín Carrión y la escuela "Padre Doménico Leonati" de la Unidad Educativa "Santa

Juana de Chantal", Carla demostró un entusiasmo excepcional por el deporte, abrazando primero el taekwondo y luego el atletismo, disciplinas en las que ha logrado un impresionante palmarés de medallas en competencias nacionales e internacionales.

Carla continuó su educación formal y su entrenamiento deportivo de forma simultánea, asistiendo a varios colegios que le permitían compatibilizar su rigor académico con sus compromisos deportivos. Su pasión y talento la llevaron a competir en escenarios mundiales, panamericanos y bolivarianos, convirtiéndola en una figura destacada en el panorama deportivo internacional.

En paralelo a su carrera deportiva, Carla inició estudios a distancia en psicología en la Universidad Técnica Particular de Loja, compaginando sus estudios con la competencia en eventos internacionales. Su impresionante trayectoria en el deporte incluye múltiples medallas en taekwondo y atletismo, siendo reconocida por diversas federaciones como una de las mejores deportistas del país.

La influencia de su entrenador, Christian Gómez, ha sido fundamental no solo en su desarrollo deportivo, sino también personal, enseñándole a enfrentar los desafíos con determinación y a vivir con integridad. Este apoyo ha sido crucial en su camino para convertirse en un modelo de perseverancia y dedicación en su comunidad y entre sus seres queridos.

Carla ha representado a Ecuador en competencias mundiales en Rusia, Canadá y Manchester y ha sido una presencia constante en la selección nacional, logrando medallas en competencias en ciudades como Bogotá, Heredia, Sogamoso y Brasil. En taekwondo, se destacó clasificando para los Juegos Panamericanos en Brasil, participando en el mundial de Bakú y en los Juegos Panamericanos de Santiago de Chile. En atletismo, ha brillado en eventos sudamericanos, obteniendo medallas de bronce en Mar del Plata y Cali.

Sus logros han sido reconocidos con múltiples premios, incluyendo el de Mejor Deportista Femenina en los Juegos Deportivos Nacionales Pre-Juveniles y en el Campeonato Nacional de Manabí.

Carla también ha recibido condecoraciones del Municipio de la ciudad y ha sido consistentemente aclamada como la mejor deportista de la Liga Deportiva Cantonal de Otavalo desde 2013, solidificando su legado como una de las atletas más destacadas y respetadas de Ecuador.

En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas por su labor y contribución al deporte.

TRIUNFO TRAS LA ADVERSIDAD



Carla Tito

En 2019, enfrenté una serie de desafíos personales en mi entorno familiar que pusieron a prueba tanto mi fortaleza emocional como mi carrera deportiva. Estos problemas me llevaron a tomar una decisión difícil pero crucial para mi bienestar psicológico: decidí no participar en la selección nacional que competiría en un importante campeonato en Manchester. Aunque al principio sentí

una profunda decepción, esta pausa me permitió reevaluar mis prioridades y concentrarme más en mis objetivos a largo plazo.

Junto a mi entrenador, tomamos la determinación de sumergirnos en un entrenamiento intensivo. Sus palabras de aliento se convirtieron en un bálsamo durante los momentos de duda y, poco a poco, comencé a ver los frutos de nuestro esfuerzo conjunto. Nuestro enfoque y dedicación nos condujeron al campeonato nacional, donde no solo competí, sino que superé ampliamente todas las expectativas.

En ese campeonato, no solo gané la medalla de oro, sino que también logré vencer a una competidora que había estado en Europa y que participó en el mundial de Manchester. Este triunfo tuvo un sabor especialmente dulce, ya que representó una validación de la decisión que había tomado meses atrás. Mi desempeño fue tan destacado que la Federación Ecuatoriana de Tae Kwon Do me reconoció como la mejor deportista femenina del evento.

Este capítulo de mi vida me enseñó valiosas lecciones sobre la importancia de la resiliencia y la autenticidad en la búsqueda del éxito. Aprendí que, a veces, dar un paso atrás es necesario para avanzar con más fuerza y que el apoyo y la guía de un buen mentor pueden marcar la diferencia en los momentos de adversidad.

VICTORIA Y REDENCIÓN EN BRASIL



Carla Tito

En 2023, tras un año de inactividad forzada por una lesión, decidí, junto con mi equipo, prepararme intensamente para regresar a la competición. Nuestro primer objetivo fue el Ecuador Series en la provincia de El Oro, donde logramos una victoria significativa que nos valió el reconocimiento de la Federación Ecuatoriana de Tae Kwon Do. Este triunfo fue solo el inicio de un camino lleno de desafíos aún mayores.

Impulsada por este logro, fui seleccionada para representar a Ecuador en competiciones internacionales y así emprendí el viaje a

Brasil con la firme intención de ganar un lugar en los Juegos Panamericanos. Mi primer combate fue contra la representante de El Salvador, seguido por un enfrentamiento crucial con una competidora de Canadá, quien ocupaba una posición en el top 3 del ranking mundial. Aunque sufrí una derrota en este segundo combate, que me dejó sumida en tristeza y decepción, las conversaciones telefónicas con mi entrenador y mi madre desde Ecuador me brindaron el aliento necesario para enfrentar el repechaje.

En este último y decisivo combate contra la República Dominicana, los tres rounds se desarrollaron con una velocidad asombrosa. En los últimos segundos, logré conectar una patada de pierna izquierda que me dio los puntos decisivos para la victoria. La emoción me invadió y las lágrimas comenzaron a brotar mientras me despojaba del equipo de protección. La felicidad era indescriptible; de inmediato llamé a Ecuador para compartir el momento con mi entrenador, Christian Gómez, quien compartió mi emoción, y con mi familia que celebraba alegremente a la distancia.

También agradecí al presidente de la Liga cantonal de Otavalo, cuyo apoyo había sido fundamental en mi trayectoria. Ese día se consolidó como uno de los más felices y significativos de mi vida. El triunfo fue el resultado de años de esfuerzo, lágrimas y la superación de innumerables obstáculos, junto a aquellos que

siempre creyeron en mí, especialmente mi entrenador, a quien dediqué esta victoria, reconociendo su inquebrantable confianza y apoyo.

UN VIAJE FAMILIAR EN TIEMPOS DE CRISIS



Carla Tito

Durante un paro nacional provocado por el aumento en el precio de la gasolina, el país se paralizó: los servicios se cerraron y el transporte público desapareció de las calles. Pero en medio de esta

adversidad, mis hermanos y yo nos aferramos a nuestra determinación. Cada día, con la misma convicción, caminábamos una hora para llegar a nuestro lugar de entrenamiento y al terminar, emprendíamos el largo camino de regreso a casa.

Aquellos días fueron una prueba constante y uno de los desafíos más grandes llegó cuando nos quedamos sin gas para cocinar. Sin tiempo que perder, mis hermanos y yo nos organizamos y tomamos una carretilla para transportar un nuevo tanque de gas. El camino hacia casa no solo era empinado, sino que además llevábamos comida para nuestras mascotas, lo que hacía la tarea aún más difícil. Mi hermano y yo nos turnábamos para empujar la pesada carretilla, mientras que nuestra hermana menor, debido a su pequeña estatura, cargaba unas bolsas ligeras, pero no por eso menos importantes.

Tras un esfuerzo titánico y con el cuerpo al límite, finalmente llegamos a casa alrededor de las 22:30. Exhaustos, pero con una sonrisa en los labios, nos sentamos a descansar, saboreando la satisfacción de haber superado juntos esos obstáculos. Ese día, a pesar del cansancio, nos dejó un recuerdo imborrable, una lección de unidad y una alegría compartida que jamás olvidaremos.

ANITA ALBUJA

SABOR Y TRADICIÓN



Anita Albuja Cabrera nació el 11 de noviembre de 1975 en Otavalo. Realizó sus estudios primarios en la escuela La Inmaculada y sus estudios secundarios en el colegio Chantal, para luego graduarse en Contabilidad en la Universidad Técnica de Ibarra.

Desde joven, ayudaba a su madre, Yolanda Cabrera, en su negocio en el barrio Punyaro, donde desarrolló una pasión por la cocina que la llevó a convertirse en la propietaria del “Auténtico Yamor”. En este restaurante, Anita aplica con amor y dedicación las enseñanzas culinarias de su madre, atrayendo a clientes nacionales

y extranjeros que buscan experiencias auténticas todos los días del año.

Además de su éxito empresarial, Anita ha sido reconocida en múltiples ocasiones por su contribución a la comunidad y su excelencia en la hospitalidad.

En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas por su invaluable contribución a la gastronomía de la ciudad. Su dedicación, talento y amor por la cocina típica han sido clave para preservar los sabores auténticos de Otavalo, como una expresión de identidad y patrimonio cultural.

LA GRAN MOVILIZACIÓN EN PUNYARO



Anita Albuja

Siempre he mantenido una excelente relación con los oficiales de policía de nuestro querido barrio, Punyaro. Su disposición para ayudar y su presencia constante siempre me han ofrecido un valioso sentido de protección.

Una tarde en particular, cuando todo parecía transcurrir con normalidad, un evento inesperado rompió la calma. Un hombre misterioso apareció en la entrada de nuestro local, "El Auténtico Yamor", y se quedó allí, inmóvil, durante más de una hora. Su comportamiento inusual despertó en mí una creciente preocupación, una sensación de peligro que no podía ignorar. Nerviosa pero decidida, tomé el teléfono y llamé al sargento, un viejo amigo y protector de nuestro negocio familiar.

"Amiguito, por favor, envía una patrulla a mi casa. Hay alguien sospechoso aquí y realmente me está dando miedo", le pedí con voz temblorosa. La respuesta fue casi inmediata. En menos de dos minutos, el tranquilo barrio de Punyaro se transformó en un escenario digno de una película de acción. Motos, carros y policías aparecieron por todas partes, creando una conmoción que atrajo la atención de todos los vecinos.

Cuando el sargento llamó para confirmar la llegada de la patrulla, no pude evitar decirle entre risas: "¡Loco, solo te pedí una patrulla, no al ejército completo!" Los vecinos, entre asombro y curiosidad, comenzaron a acercarse al local, preguntándose qué gran evento había desencadenado tal despliegue policial.

La tensión se disipó rápidamente cuando todos se dieron cuenta de la verdadera naturaleza de la "amenaza", pues el hombre ya se había ido. Lejos de ser un incidente grave, la situación se convirtió en una anécdota divertida que todos recordarían con humor. Y como

buena anfitriona, aproveché la ocasión para invitar a los presentes a disfrutar de un delicioso plato típico, transformando una tarde de preocupaciones en una de comunidad y risas compartidas.

Esta historia quedó grabada en la memoria de nuestro barrio como un ejemplo perfecto de cómo la preocupación por un ser querido puede desatar una respuesta abrumadora y cómo un día aparentemente normal puede convertirse en un evento inolvidable por las razones más inesperadas.

SABORES QUE CONQUISTAN



Anita Albuja

Una de las anécdotas más memorables de mi carrera fue cuando llevé el Yamor a la casa presidencial en Quito. Inicialmente, mi tarea era simplemente entregar la chicha y retirarme. Sin embargo, para mi sorpresa, al llegar me informaron que sería la encargada de dirigir las degustaciones para presidentes de todo el mundo.

Este giro inesperado me dejó completamente asombrada. A pesar de los nervios, la experiencia se transformó en un honor incomparable. Guiar las degustaciones para tan distinguidos paladares fue una experiencia emocionante y, al mismo tiempo, una fuente de gran satisfacción personal, al poder compartir algo tan emblemático de nuestra cultura otavaleña.

También recuerdo con cariño un evento nacional, donde se presentaban diversas chichas del Ecuador. Con gran alegría, recibí la noticia de que la mía había sido seleccionada como la mejor del evento.

Este reconocimiento me brindó la oportunidad de realizar el brindis principal ante todos los asistentes, lo que me permitió compartir las recetas y secretos de mi chicha con otros participantes, fortaleciendo así la apreciación por nuestras tradiciones culinarias.

UN DÍA INOLVIDABLE



Anita Albuja

El 3 de septiembre comenzó como un día de trabajo cualquiera, pero pronto se convirtió en una jornada inolvidable. Al acercarme a mi local, me encontré con un público grande que se extendía por una cuadra. El bullicio era constante y la fila de clientes esperaba pacientemente su turno para ser atendidos.

Con una mezcla de sorpresa y asombro, me di cuenta de que mi propio negocio estaba tan lleno que no podía ingresar sin llamar la atención. Algunos clientes, al verme llegar, me sugirieron amablemente que me uniera a la fila. Entre risas, me aseguraron que llevaban esperando más de una hora. Respondí con humor: "Si no me dejan pasar, ¡tendrán que esperar dos horas porque yo soy la dueña!" Esto provocó una ola de risas y comentarios amistosos entre los presentes, lo que me permitió abrirme paso entre ellos para entrar al local.

Una vez dentro, sentí la necesidad de agradecer a todos por su paciencia y buena disposición. Volví a salir, esta vez con las manos llenas de vasos de chicha y empanadas para obsequiar a los clientes que esperaban en la fila. Quería que supieran cuánto valoraba su espera y su preferencia por nuestro negocio.

Los rostros cansados se iluminaron con sonrisas de gratitud. "Ahora sí, por esto vale la pena esperar todo el tiempo que sea necesario", comentaban alegremente mientras disfrutaban de los aperitivos. Algunos incluso bromeaban pidiendo que les sirviera "yapadito", un gesto de camaradería que me llenó de alegría y satisfacción.

GLADYS VALLEJOS LASTRA

PERSEVERANCIA, AMOR Y FE

MUJERES DE OTAVALO
PASADO, PRESENTE Y FUTURO

GLADYS VALLEJOS
MADRE DE FAMILIA, DOCENTE Y EMPRENDEDORA

Con manos expertas y un corazón generoso, Gladys crea pays que no solo deleitan el paladar, sino que también reconfortan el alma.

Cada producto es un fragmento de amor, una pizca de dulzura que ella comparte con la ciudad que la ha visto crecer y prosperar.

Gladys es otra mujer que inspira.

¡Orgullo Otavaleño!

Movimiento Femenino MOFEM

Alexandra ALEMÁN
Concejala de Otavalo

Gladys nació el 7 de abril de 1964 en Otavalo, en el hogar de Luis Aníbal Vallejos y Luisa María Lastra. Como la cuarta de seis hermanos, disfrutó de una infancia llena de aprendizajes y juegos en el negocio familiar. Estudió en la escuela La Inmaculada y en el colegio Chantal y más tarde se especializó en Química y Biología en la Universidad Técnica de Ibarra. Tras graduarse, comenzó su carrera como docente en San Juan del Hacha, Carchi, y luego en Mariano Acosta, Pimampiro.

Su vida dio un giro espiritual profundo que fortaleció tanto su fe como sus relaciones personales. A los 37 años, se casó y tuvo dos hijos: Daniel Andrés y Gaby Alejandra. La vida familiar cambió radicalmente cuando a Daniel, casi a los tres años, le diagnosticaron autismo severo. Gladys tomó la valiente decisión de dedicarse por completo a su cuidado, renunciando a su carrera profesional para convertirse en su principal cuidadora y educadora. Durante este proceso, descubrió su talento para hacer postres de fruta, lo que le permitió trabajar desde casa mientras seguía cuidando de Daniel. Con sus manos expertas y un corazón generoso, Gladys crea pays que no solo deleitan el paladar, sino que también reconfortan el alma.

Comprometida con la causa del autismo, Gladys se ha convertido en una voz activa para otras familias, compartiendo su experiencia y conocimientos. A pesar de las adversidades, ha mantenido su fe y ha fortalecido a su familia, enfrentando cada desafío con determinación y amor. Agradece a Dios por su hermosa familia y camina orgullosa de la mano de su hijo, consciente de que aún quedan muchos desafíos por delante, pero con la satisfacción de ver a Daniel feliz. Su vida es un testimonio del poder de la perseverancia y el compromiso familiar.

En marzo de 2024, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas por su labor y contribución a la repostería de la ciudad. Su dedicación ha permitido que los postres otavaleños

sigan siendo un referente en la cultura culinaria, aportando al patrimonio gastronómico de la región y deleitando a generaciones con sus exquisitas creaciones.

UNA LECCIÓN



Gladys Vallejos

Cuando era muy pequeña y recién comenzaba en el jardín de infantes, escuché a mis padres discutir sobre dinero. En mi corta edad, malinterpreté la conversación y pensé que mi padre había dicho que el dinero crecía en los árboles. Con esa idea en mente, cada vez que recibía dinero, lo enterraba en un lugar secreto del parque principal, con la esperanza de que brotara un árbol de

dinero. Esperaba con ansias durante días, pero el árbol de dinero nunca brotaba.

Con el tiempo, me di cuenta de que solo era una metáfora para enseñar que el dinero no se obtiene sin esfuerzo. La inocencia de la infancia nos hace creer en todo lo que escuchamos, lo que subraya la importancia de comunicarnos con cuidado con los más pequeños, ya que tienden a tomar cada palabra al pie de la letra.

ZAPATOS PERDIDOS



Gladys Vallejos

Durante mi etapa universitaria, no todo fue estudio; también hubo momentos de celebración, baile y noches de discoteca. Disfrutaba enormemente de las farras y, en una ocasión, después de una noche de fiesta, regresé a casa al amanecer. Para que mis padres no se dieran cuenta de la hora a la que llegaba, decidí quitarme los tacones antes de entrar en casa, intentando hacer el

menor ruido posible. Sin embargo, en mi prisa por ingresar silenciosamente, olvidé completamente mis zapatos en la calle.

A la mañana siguiente, cuando me desperté y comencé a vestirme para ir a mis prácticas en el colegio, me di cuenta de que mis zapatos habían desaparecido. No tenía con qué calzarme y, en ese momento, lamenté profundamente haber salido a bailar la noche anterior. Me vi obligada a ahorrar para comprar otros zapatos, ya que no podía contarles a mis padres lo sucedido.

Aquella experiencia me enseñó una valiosa lección sobre las consecuencias de mis decisiones, recordándome que, aunque los días universitarios estaban llenos de aprendizaje, también estaban llenos de aventuras y, a veces, de costosos errores.

SUPERANDO JUNTOS



Gladys Vallejos

Cuando me enteré de que iba a ser madre por primera vez, sentí una alegría indescriptible. Me preparé con amor y dedicación, tanto emocional como físicamente, para la llegada de mi primer hijo, Daniel Andrés. Desde el instante en que supe de su existencia en mi vientre, lo amé profundamente. Daniel nació por cesárea, un niño muy deseado y esperado.

Su niñez transcurrió de manera normal hasta que cumplió dos años y medio. Fue entonces cuando comenzamos a notar comportamientos inusuales. Daniel empezó a autoagredirse, golpeándose contra el piso y las paredes, y lloraba sin cesar día y noche, lo que trajo un gran cambio a nuestra familia. Tras numerosos exámenes y visitas médicas, recibimos un diagnóstico que cambiaría nuestras vidas: mi hijo era autista de nivel tres. Aceptar esta realidad fue extremadamente doloroso. Los médicos nos advirtieron que Daniel probablemente no hablaría, podría sufrir convulsiones, no dejaría el pañal y tendría dificultades para aprender a comer solo.

Sin embargo, Dios me ha dado la sabiduría y la fortaleza necesarias para enfrentar estos desafíos. Criar a Daniel ha sido una tarea ardua, pero no imposible. Con esfuerzo y dedicación, hemos logrado grandes avances. Hoy en día, puede salir conmigo a caminar, asistir a fiestas y participar en reuniones sociales. Controla sus esfínteres, habla, no sufre convulsiones y se comporta adecuadamente en sociedad.

Ahora dedico parte de mi tiempo a ayudar a otras madres con hijos autistas. Me he capacitado en protocolos, dietas y terapias que benefician a niños con autismo y comparto estos conocimientos con otras madres. Entiendo profundamente lo que ellas viven porque he pasado por lo mismo y mi experiencia me permite

empatizar con ellas. Quiero decirles a todas esas mamás que estoy aquí para servirles y apoyarlas en este camino.

MÓNICA SOFÍA FIGUEROA GUEVARA

GÉNERO Y POLÍTICAS PÚBLICAS



Mónica Sofía Figueroa Guevara, doctora en jurisprudencia por la Universidad Central del Ecuador y magíster en Derecho Procesal por la Universidad Andina Simón Bolívar, es una figura destacada en la defensa de los derechos de mujeres, niños y adolescentes en la provincia de Imbabura. Especialista en Género y Políticas Públicas por FLACSO Ecuador, ha dedicado más de 15 años a la promoción de los derechos humanos en su comunidad. Como socia fundadora del Centro de Acción de la Mujer Otavaleña (CEAMOS), Sofía ha sido una promotora clave en la creación de la Junta

Cantonal de Derechos y el Consejo Cantonal de Protección de Derechos en Otavalo.

Su compromiso con la justicia y la igualdad la ha llevado a desempeñar roles fundamentales como Primera Comisaria de la Mujer y la Familia del cantón Otavalo, Jueza de la Familia y concejala del gobierno municipal de Otavalo. Además, ha representado a Ecuador en el Programa USAID, donde adquirió valiosos conocimientos sobre proyectos de violencia doméstica en Estados Unidos.

En su destacada labor en CEAMOS, ha liderado proyectos de asesoría legal para mujeres víctimas de violencia doméstica, derechos de familia, adolescentes infractores y derechos humanos, colaborando con organizaciones como la Cooperación Alemana GTZ, USAID, CONAMU, FUNDACIÓN ESQUEL y el Gobierno Provincial de Imbabura.

Actualmente, Sofía se desempeña como Jueza de la Corte Provincial de Justicia de Imbabura en la Sala Especializada de lo Civil, Mercantil, Laboral y Familia, y es presidenta de la Corte Provincial de Justicia de Imbabura, convirtiéndose en la tercera mujer en ocupar este cargo en los 103 años de historia de este órgano superior de justicia en la provincia. Además, comparte su experiencia como catedrática en la Universidad de Otavalo y como formadora en la Escuela de la Función Judicial del Ecuador, donde

ha contribuido a la implementación del Código Orgánico General de Procesos y en técnicas de litigación oral.

Su trayectoria ha sido reconocida con numerosos premios, incluyendo el Premio Nacional al Pluralismo Jurídico en la categoría de Operadores de Justicia en 2023. Además, ha representado a Ecuador en seminarios internacionales sobre justicia intercultural y ha colaborado con la UNESCO y la Red Iberoamericana de Escuelas Judiciales en la validación de herramientas educativas. En el ámbito deportivo, Sofía fue seleccionada para representar a la provincia de Imbabura en la disciplina de básquet, participando en los Juegos Nacionales de Portoviejo. También fue la Primera presidenta del círculo estudiantil del Instituto Superior “República del Ecuador” en la Especialidad de Sociales y representó a su institución como seleccionada de ajedrez y básquet.

Sofía Figueroa Guevara es un ejemplo de liderazgo, compromiso social y excelencia académica, dejando una huella indeleble en cada una de las esferas en las que ha participado.

En marzo de 2024, fue honrada como una de las 25 mujeres más destacadas de Otavalo, en reconocimiento a su invaluable labor y su contribución significativa al desarrollo de la ciudad.

DE LA INSEGURIDAD A LA INSPIRACIÓN

MI VIAJE COMO ABOGADA EN OTAVALO



Sofia Figueroa Guevara

A los 25 años, recién graduada como doctora en jurisprudencia, regresé a Otavalo con las inseguridades propias de quien inicia su carrera profesional. Me presenté para optar por el cargo de abogada en la primera Oficina de la Mujer y Familia del Municipio. Mi entrevistadora fue la concejala Marcia Sánchez.

Sin tener mucho que destacar en mi experiencia laboral, más allá de haber trabajado en el despacho jurídico de mi padre, Marco Antonio Figueroa (+), me vi presionada por las preguntas sobre mi trayectoria profesional. Finalmente, mencioné que fui presidenta del círculo estudiantil del colegio "República del Ecuador" y seleccionada de ajedrez y básquet tanto del colegio como de la provincia. La respuesta de Marcia fue contundente: "Eso me gusta de usted, usted es una líder". Así, sin saber exactamente cómo iba a dirigir una oficina de la mujer y la familia, quedé contratada.

Este empleo, que en principio parecía solo una oportunidad para ganar un salario, se convirtió en el inicio de una vocación que me sumergió en las vidas de mujeres cuyos derechos a una vida libre de violencia habían sido violentamente arrebatados. Mujeres que enfrentaban conflictos familiares como pensiones alimenticias, reconocimientos de paternidad, divorcios y casos de violencia doméstica. Esta cercanía con su dolor despertó en mí una sensibilidad que hasta entonces desconocía.

Junto a un equipo multidisciplinario comprometido, establecimos un convenio con la presidenta del gremio de belleza de Otavalo para elevar la autoestima de las víctimas. Les ofrecíamos arreglos de cabello y maquillaje, con el fin de que pudieran verse a sí mismas y reconocer su propia belleza. Este paso inicial les daba la confianza necesaria para enfrentar los arduos procesos legales que les esperaban.

En mi trayectoria, presidí la primera Comisaría de la Mujer y la Familia y participé activamente en la creación de la primera organización de mujeres del cantón Otavalo, el Centro de Educación y Acción de las Mujeres Otavaleñas (CEAMOS). Desde esta plataforma, atendimos miles de casos de mujeres víctimas de violencia y lanzamos campañas cruciales para sensibilizar a la sociedad sobre este flagelo que la consume. Durante este tiempo, descubrí el potencial inmenso de las mujeres otavaleñas y forjé amistades que conservo hasta el día de hoy. Quiero rendir un tributo de admiración y agradecimiento a las pioneras de CEAMOS: Marcia Sánchez, Hipatia Dávila, Luisa Villalba, Magdalia Hermosa, Susana Ayala, Sara Sevilla, Liliana Sánchez, Carmen Burgos, Lourdes Salazar, Dora Mosquera, María de Vet, Alexandra Fernández y la eterna reina, Bachita Andrade (+).

Más de dos décadas después, puedo afirmar que, a pesar de las inseguridades y retos iniciales, la dedicación y la empatía pueden transformar cualquier obstáculo en una oportunidad para inspirar y cambiar vidas. Mi viaje como abogada en Otavalo es prueba de que cuando trabajamos con el corazón, podemos marcar una diferencia profunda en la vida de los demás y en la nuestra propia.

DESAFIANDO EL PODER

LA LUCHA POR LA COMISARÍA DE LA MUJER EN OTAVALO



Sofia Figueroa Guevara

Pocos días después de ser nombrada la Primera Comisaria de la Mujer y la Familia en el cantón Otavalo, se me asignó una oficina en el municipio. Sin embargo, el proyecto de Familia y Mujer, liderado por la concejala Marcia Sánchez, fue transferido al Patronato

Municipal por decisión del Concejo, cuya presidenta era la esposa del alcalde.

A los 28 años, me encontré en una encrucijada: debía decidir si quedarme en la dependencia municipal, con el respaldo del alcalde y todos los privilegios que implicaba estar auspiciada por el Patronato, incluyendo oficina, mobiliario y no tener que pagar alquiler, o seguir mi propio camino, impulsada únicamente por mi entusiasmo juvenil y mi convicción. Elegí la segunda opción y me uní al Centro de Educación y Acción de las Mujeres Otavaleñas (CEAMOS), una organización que habíamos formado como contraparte de la Comisaría de la Mujer.

Cuando comuniqué mi decisión a los funcionarios municipales, me solicitaron abandonar las instalaciones, alegando que la Comisaría de la Mujer y la Familia estaba bajo la jurisdicción del Ministerio de Gobierno. Con cuatro libros en mano, descendí las escalinatas municipales, mirando hacia el horizonte con una sensación de libertad y un empoderamiento indescriptible. Sabía que, al dejar atrás los intereses políticos, estaba eligiendo la verdadera autonomía.

Me dirigí a Marcita Sánchez, quien comprendió mi lealtad a nuestros principios. Juntas, visitamos a distinguidos otavaleños y empresarios, entre ellos al presidente de la Cámara de Comercio de la época, Stefko Kraljevic, así como a Adelita Rueda y Liliana de Endara. Gracias a su generoso apoyo económico, logramos

financiar los primeros meses de alquiler y los pagos de servicios básicos de la Comisaría de la Mujer, que se estableció en la Cámara de Comercio de Otavalo. Lo que sucedió después fue una historia de servicio real, con apoyo nacional e internacional, que se expandió para beneficiar a todo el cantón Otavalo.

Esta experiencia me enseñó que ocupar cargos de poder siempre representa una oportunidad para servir, aunque a menudo implique enfrentar dificultades, muchas veces generadas por el poder político, que suele manejar agendas centradas en su propia permanencia, sin considerar el bien común. Para las mujeres que lideran espacios de decisión, el desafío es aún mayor, ya que deben romper estereotipos y demostrar constantemente su capacidad y firmeza para llevar a cabo tareas tradicionalmente reservadas para los hombres.

MARIDO ES, QUE PEGUE NOMÁS DESMONTANDO UN MITO EN OTAVALO



Sofia Figueroa Guevara

En Otavalo, donde la presencia indígena es significativa, se creía que sensibilizar sobre la violencia doméstica era una tarea complicada, ya que se asumía que las mujeres indígenas aceptaban la violencia con resignación bajo el lema: "marido es, que pegue

nomás". Sin embargo, pronto descubrí que este mito estaba comenzando a derrumbarse. Los primeros casos que atendí en la Comisaría de la Mujer y la Familia fueron precisamente de mujeres indígenas que decidieron romper el silencio y denunciar la violencia.

Estas mujeres, muchas veces a medianoche, huían de sus hogares con sus hijos, buscando refugio en los sembríos de maíz o en las casas de vecinas, escapando de maridos alcoholizados y agresivos. Eran sometidas a todo tipo de maltratos y fueron las primeras en confiar en la Comisaría para poner fin a su sufrimiento.

Recuerdo especialmente a una mujer que, estando embarazada de su décimo hijo, se presentó ante mí en condiciones de extrema pobreza. Vestía un anaco en hilachas, su cuerpo estaba casi desnutrido y era víctima frecuente de violencia. Durante la audiencia, su marido justificó el número de hijos diciendo que era para "evitar que se vaya con el mozo". Vi a la víctima con lágrimas en los ojos, pero también con una determinación inquebrantable de poner fin a su calvario. Ese momento me marcó profundamente y me reafirmó en la importancia de nuestro trabajo. Aprendí que el mito de "marido es" solo existe en el imaginario; la violencia duele, sin importar si la mujer es mestiza, afrodescendiente o indígena. La lucha contra la violencia doméstica es universal y requiere el compromiso de todos para erradicarla.

Después de un año de trabajo, nuestros registros mostraron que el 56% de los casos denunciados y juzgados correspondían a mujeres de la etnia quichua. Esta estadística me llevó a una reflexión profunda: la violencia doméstica duele en cualquier contexto y el silencio ante ella duele aún más. No distingue estrato social ni etnia. Es un problema que afecta a toda la sociedad y que muchos justifican con frases como "Los trapos sucios se lavan en casa" o "¿Qué habrá hecho ella para que el marido le pegue?".

Conscientes de que la violencia doméstica no es privativa de ningún grupo étnico, desarrollamos diversas estrategias de sensibilización. Una de ellas fue fortalecer el movimiento de mujeres, identificando lideresas quichuas que iniciaran procesos de concienciación en sus comunidades. También realizamos jornadas de sensibilización en escuelas, colegios, organizaciones de mujeres, con jueces y miembros de la Policía Nacional. La idea era construir una sociedad diferente, tejiendo lazos fuertes que nos alejaran de la violencia que lastima físicamente y deja huellas en el alma.

LA MORA PURGA LA MORA



Sofia Figueroa Guevara

Todos los días, como jueza, enfrento conflictos cargados de alegatos legales y decisiones complejas. Mi principal objetivo es devolver la paz a las familias y contribuir a la resolución de estos conflictos, utilizando la conciliación como una herramienta esencial. Permítanme compartir un caso que ilustra cómo una

orientación adecuada puede transformar una situación complicada en una resolución satisfactoria.

En una ocasión, llegó a la Corte Provincial un caso entre dos partes: una había ofrecido vender una hectárea de terreno por \$80,000 y la otra había adelantado \$40,000 para la compra. Con el tiempo, la negociación se estancó porque el comprador no pudo completar el pago restante de \$40,000 y decidió retirarse del negocio. Sin embargo, el vendedor tampoco tenía los \$40,000 para devolverle, lo que llevó a un proceso judicial que se prolongó por más de dos años. La decisión de primera instancia, ante el incumplimiento de ambas partes, aplicó el principio de "la mora purga la mora", dejando el caso en un punto muerto, sin solución y al borde de otro juicio por parte de quien había adelantado la mitad del precio del terreno.

En la audiencia de apelación, la desesperación del comprador que había entregado los \$40,000 era evidente. En medio de los alegatos de los abogados, parecía no haber una solución viable a la vista. Como tribunal, decidimos recurrir a la conciliación, buscando una salida que pudiera satisfacer a ambas partes. Finalmente, alcanzamos un acuerdo: se dividiría la propiedad, entregando 5,000 m² al comprador en compensación por los \$40,000, mientras que el resto del terreno quedaría para el vendedor.

AHÍ ESTÁ, MI DOCTORITA



Sofia Figueroa Guevara

Como abogada de defensa penal gratuita para personas de escasos recursos y adolescentes infractores, trabajé bajo la responsabilidad del Centro de Educación y Acción de las Mujeres Otavaleñas (CEAMOS) y la Fundación Esquel, con fondos de USAID. Estos programas se ejecutaban a nivel nacional y fueron el antecedente de lo que hoy conocemos como las Defensorías Públicas en

Ecuador. Cada lunes acudía al Centro de Detención Provisional (CDP) y al Centro de Rehabilitación Social de la ciudad de Ibarra para entrevistarme con personas sin defensa técnica y asumir sus casos, incluyendo a adolescentes infractores.

Durante esas entrevistas, siempre encontraba un denominador común: la niñez de estas personas había estado marcada por la violencia doméstica, convirtiendo sus hogares en lugares inseguros que los empujaban a la calle, donde, paradójicamente, se sentían más "cómodos". Para muchos, las cárceles eran la consecuencia de hogares destruidos por la violencia, la agresión y el abuso que arrasaban con su infancia.

A menudo logramos obtener libertades a través del habeas corpus, especialmente cuando los alcaldes de la ciudad conocían los casos. Descubríamos historias de presos que llevaban meses detenidos sin orden judicial y, lamentablemente, muchos reincidían poco después de beneficiarse con la defensa penal gratuita.

Un lunes, como de costumbre, acudí al CDP de Ibarra, una cárcel oscura y maloliente que me obligaba a entrevistar a los posibles usuarios sin defensa penal en el patio adyacente. Al llegar, escuché de repente una voz que emergía de la penumbra. Con un tono de súplica y felicidad, exclamaba: "Ahí está, ahí está mi doctorita, mi doctorita ha llegado" y así volvía a empezar un ciclo vicioso que parecía no tener fin.

Me acerqué a él, reconociendo en su rostro esa mezcla de desesperación y alivio que ya me resultaba familiar. Sabía que nuestra conversación no cambiaría su situación de inmediato, pero también entendía que mi presencia le ofrecía una chispa de esperanza en medio de tanta oscuridad. Esa rutina de los lunes, aunque agotadora y muchas veces frustrante, me recordaba constantemente por qué había elegido esta profesión: para ser la voz y el apoyo de aquellos que más lo necesitan, incluso cuando el sistema parece no ofrecer una solución.

ALEXANDRA ALEMÁN

LIDERAZGO Y TRANSFORMACIÓN COMUNITARIA



Alexandra Alemán nació en Otavalo, el 14 de septiembre de 1986.

Es una destacada profesional y líder comunitaria, con una vasta experiencia en el sector privado y una sólida trayectoria en el ámbito social y público. Con catorce años de experiencia en áreas contables, financieras y administrativas, ha combinado su conocimiento técnico con un profundo compromiso hacia el desarrollo social y la igualdad de género.

En mayo de 2023, comenzó su trayectoria en la gestión pública al ser electa concejala del Cantón de Otavalo, un cargo que ha desempeñado con gran dedicación. Su sólida formación académica

incluye títulos en Ingeniería Comercial con énfasis en Finanzas y Contaduría Pública. Actualmente, se encuentra cursando diplomados en Gobierno y Gestión Local con enfoque de Género, y Desarrollo Cooperativo.

Alexandra ha desempeñado roles de liderazgo en diversas organizaciones, destacándose como directora del PEC Otavalo, presidenta del barrio La Florida y vicepresidenta de la Cámara de Comercio, entre otros. Su habilidad para liderar y organizar comunidades le ha valido numerosos reconocimientos, incluyendo los otorgados por el Municipio de Otavalo y la Gobernación de Imbabura, en reconocimiento a su labor en la promoción de los derechos y la igualdad de género.

Su compromiso social se extiende a más de 15 años de activismo, durante los cuales ha sido voluntaria en organizaciones como Otavaloshungupi y Nuestra Agenda, y ha desempeñado un papel activo en el Movimiento Femenino MOFEM. Ha liderado el proyecto "Semillita de Amor," enfocado en causas sociales, deportivas y juveniles, y ha brillado en el ámbito deportivo, logrando en 2018 el título de campeona nacional de natación en la categoría de 30 a 34 años. Actualmente conduce el programa "Un Café con Ale," dedicado a la promoción de emprendimientos y proyectos sociales.

Alexandra también ha participado como conferencista, panelista, ponente y capacitadora en temas relacionados con el empoderamiento femenino, el mejoramiento de barrios y la

creación de negocios. Su pasión por el deporte la ha llevado a ser triatleta campeona nacional y miembro de varios clubes deportivos.

Es una profesional multifacética y comprometida, cuyo liderazgo, experiencia en el sector privado, gestión pública y activismo social la convierten en un pilar fundamental para su comunidad y las organizaciones en las que participa. Su capacidad para integrar diferentes ámbitos de su vida en beneficio del desarrollo comunitario y la igualdad de género la hace una figura inspiradora y esencial en su entorno.

VENCER LOS MIEDOS



Alexandra Alemán

Tuve la oportunidad de asistir al seminario "Verdadera Belleza," organizado por el Movimiento Femenino MOFEM. Durante una semana, el evento nos invitó a explorar nuestros miedos y desafíos personales más profundos, creando un espacio seguro donde podíamos hablar abiertamente de nuestras inseguridades y cómo estas nos limitaban.

Al final del seminario, nos pidieron que escribiéramos en un papel aquello que no nos gustaba y cuáles eran nuestros miedos. Sin pensarlo mucho, anoté que no me gustaba cocinar, que tenía miedo de nadar y que sentía una fobia inexplicable a las gallinas. Aunque parecieran detalles insignificantes, para mí representaban barreras que no sabía cómo superar.

Después de esa semana de introspección, nos asignaron tareas diseñadas para enfrentarnos a esos miedos que habíamos confesado, abordándolos poco a poco con pequeñas acciones diarias. Aunque no era fácil, decidí tomarlo como un reto personal, enfocándome especialmente en la natación.

Siempre había evitado el agua, no solo por el temor a ahogarme, sino por la sensación de vulnerabilidad que me provocaba estar en una piscina o en el mar. Sin embargo, motivada por el apoyo recibido durante el seminario, comencé a nadar. Al principio, el agua se sentía como una barrera insuperable, pero con paciencia y perseverancia, empecé a ganar confianza.

Hoy, puedo nadar 2000 metros en menos de una hora y he tenido la valentía de nadar en aguas abiertas, algo que jamás hubiera imaginado. Superar este miedo me enseñó que, con la ayuda adecuada y la determinación necesaria, es posible vencer incluso los temores más arraigados.

EL PODER DE LAS CAMPAÑAS



Alexandra Alemán

Durante mi voluntariado en el Movimiento Femenino MOFEM en Otavalo, tuve la oportunidad de participar en varias campañas que dejaron una huella imborrable en mi corazón. La primera de ellas fue la "Campaña de Abrazos," realizada poco antes de la pandemia, en una época en la que quizá no éramos plenamente conscientes de

la importancia del contacto humano ni del poder transformador que puede tener un simple abrazo.

Nos reunimos alrededor de diez voluntarias, todas vestidas con camisetas negras, simbolizando unidad y compromiso. Al principio, estábamos algo nerviosas, sin saber cómo reaccionaría la gente. El plan era sencillo, pero con un significado profundo: pararnos en una esquina concurrida de Otavalo, sosteniendo un cartel que decía "Tú necesitas un abrazo."

El día comenzó como cualquier otro, con la gente inmersa en sus quehaceres, sin notar nuestra presencia al principio. Sin embargo, la primera persona, una señora mayor, se detuvo. Con una sonrisa tímida, aceptó el abrazo que le ofrecimos y, en ese instante, algo mágico ocurrió. Fue como si el bullicio de la ciudad se desvaneciera, dejando solo una conexión humana pura y sincera.

A partir de ese primer abrazo, más personas empezaron a acercarse, algunas por curiosidad y otras con una necesidad palpable de sentir el calor y la cercanía de otro ser humano. La energía que se creó entre nosotras, las voluntarias, y la gente de Otavalo fue indescriptible. Ese día, lo que comenzó como un gesto sencillo se transformó en un movimiento que nos unió a todos en una experiencia de empatía y humanidad compartida.

Esta experiencia nos inspiró a emprender otras iniciativas con un profundo sentido de comunidad. Una de ellas fue la campaña "Por amor a mi barrio," en la que nos organizamos para realizar mingas, fortaleciendo así el tejido social y el sentido de pertenencia. Otra campaña significativa fue "Por amor a Otavalo," que nos llevó a limpiar las calles de nuestra querida ciudad, contribuyendo a crear un ambiente más armonioso para todos. Finalmente, en la campaña "Por amor a Ecuador," nos unimos para recuperar un espacio público, demostrando que, con amor y esfuerzo colectivo, es posible transformar cualquier rincón de nuestro país.

Estas campañas no solo reafirmaron mi compromiso con la comunidad, sino que también me enseñaron el impacto tangible que pueden tener las pequeñas acciones cuando se realizan con amor y dedicación.

DORYS RUEDA

UNA VIDA DEDICADA A LA CULTURA



Dorys Margarita Rueda Rodríguez es una destacada gestora cultural, investigadora, docente y escritora, cuyas raíces profundas en Otavalo han nutrido su pasión por la educación, la cultura y la literatura.

Nació el 3 de enero de 1961 en Otavalo, siendo la menor de cuatro hermanos. Su madre, María Angelita Rodríguez Hidalgo, oriunda de Quito, se trasladó a Otavalo al casarse con Ángel María Rueda Encalada, un hombre visionario que, con su dedicación, impulsó la modernización y el progreso de la ciudad.

Dorys inició su formación académica en la escuela Gabriela Mistral de Otavalo. Después de cursar el primer año en el Colegio República del Ecuador, continuó su educación en Quito, en el Colegio Español Nuestra Madre de la Merced, donde se graduó a los 16 años en secretariado y administración. Su sed de conocimiento la llevó a Estados Unidos, donde cursó un año adicional de secundaria en Saunemin High School, Illinois, obteniendo un segundo diploma de graduación.

Regresó a Ecuador para continuar sus estudios en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), donde se graduó como Licenciada en Ciencias de la Educación y Profesora de Segunda Enseñanza, con especialización en Letras y Castellano. Poco después, inició su carrera docente en el prestigioso Colegio Los Pinos de Quito, donde lideró el Bachillerato Internacional en Lengua y Literatura durante 19 años.

Su compromiso con la educación la llevó a ser invitada por la Organización del Bachillerato Internacional a Cardiff, Inglaterra, donde fue nombrada Examinadora Internacional en el área de español, profundizando su amor por la lectura y la escritura.

Dorys se ha especializado con dos maestrías: en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana por la PUCE y en Literatura Infantil y Juvenil por la Universidad Técnica Particular de Loja. Además, completó una especialización en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto, así como un diplomado en Currículum en

FLACSO, Argentina. Durante este tiempo, también se desempeñó como docente de “Lectura Comprensiva” en la PUCE del Ecuador durante 9 años.

Su labor literaria incluye la publicación de varios libros destacados, como *Lengua 1 Bachillerato* (2009), *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021), *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021), *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo* (2022), y *Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador* (2023). Como coautora, ha contribuido a las obras *Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo* Tomos 1 y 2 (2022 y 2024).

En 2013, junto a su esposo Héctor Cisneros, fundó el portal web "El Mundo de la Reflexión", un proyecto cultural, educativo y literario dedicado a fomentar la lectura y la escritura, preservar la rica narratología oral del Ecuador y recopilar las reflexiones de alumnos y maestros sobre una amplia variedad de temas. Sin necesidad de publicidad ni ventas, "El Mundo de la Reflexión" ha crecido de manera orgánica, superando los tres millones de visitas, y se ha convertido en un rincón virtual donde las palabras cobran vida, enriqueciendo a todos los que la visitan.

La contribución de Dorys Rueda al ámbito cultural y literario ha sido reconocida por el Municipio de Otavalo en octubre de 2021. En marzo de 2024, fue homenajada como una de las 25 mujeres más destacadas de Otavalo durante el mes de la mujer, en reconocimiento a su dedicación e impacto en la cultura local.

MI VIAJE LITERARIO



Dorys Rueda

Los ocho años, mientras mis compañeras de clase se ocupaban de las tareas escolares y cotidianas, mi madre me introducía en la apasionante lectura de *Quo Vadis* de Henryk Sienkiewicz, mientras que mi padre me sumergía en los misterios de las intrincadas tramas de Agatha Christie. Cada libro que abría se transformaba en una puerta hacia mundos desconocidos y fascinantes, y pronto

descubrí que la lectura no solo era un escape maravilloso, sino también una fuente inagotable de inspiración.

A esa edad, desarrollé una profunda fascinación por el "arte de escuchar". Las noches en casa, especialmente después de la cena, se convirtieron en momentos mágicos en los que mis padres nos transportaban a otros mundos con sus relatos. Las sobremesas se transformaban en un escenario perfecto, donde mis hermanos y yo nos reuníamos alrededor de la mesa, ansiosos por escuchar las historias que nos tenían preparadas. Mis padres, con su habilidad para narrar, nos deleitaban con leyendas ecuatorianas que parecían cobrar vida con cada palabra.

Cada noche, la mesa familiar se convertía en un portal hacia lo desconocido, un lugar donde la realidad se desdibujaba y daba paso a mundos llenos de magia y misterio. La fantasía se entrelazaba con el miedo, creando un ambiente tan envolvente que, por un momento, sentíamos que formábamos parte de esas historias. Las criaturas míticas, los espíritus errantes y los héroes de leyenda nos acompañaban en cada relato, haciendo que el tiempo se detuviera y que la noche se llenara de susurros y maravillas.

Aquellas noches no solo avivaron mi imaginación, sino que también me inculcaron el profundo valor de la tradición oral y la relevancia de conservar las historias de nuestro país. En esos instantes, mientras escuchaba con fascinación, se forjó en mí un interés que con el tiempo florecería en una gran pasión por las leyendas

ecuatorianas, sembrada cuidadosamente por mis padres en cada relato compartido.

Pero mis padres no se limitaban a contarnos mitos y leyendas; también nos compartían historias de vida, relatos sobre las experiencias de familiares y amigos. Estas narraciones nos conectaban profundamente con las costumbres, la cultura y la forma de pensar de los ecuatorianos en distintas regiones del país. Poco a poco, en mí comenzó a surgir un nuevo interés, estrechamente ligado al rico tejido cultural que se ocultaba en esas historias.

Cuando terminé mi primer postgrado, mis padres me animaron a recopilar la tradición oral de Otavalo como una forma de servir a la comunidad y devolverle a mi tierra todo lo que me había dado. Me alentaron a reunirme con el profesor y escritor otavaleño Luis Ubidia, quien generosamente compartió conmigo el vasto material que había recopilado a lo largo de su vida como docente. Así comenzó mi labor de investigación, recopilación y análisis, un trabajo que ha continuado durante más de cuatro décadas. Esta tarea me ha permitido comprender en profundidad cómo el pueblo otavaleño pensaba, vivía y construía su mundo de magia, creencias y supersticiones, y cómo esas historias se entrelazan en el gran tapiz de la cultura ecuatoriana.

Mi pasión por recopilar y preservar la tradición oral de Ecuador me ha llevado a impulsar proyectos colaborativos que han reunido a

escritores de Otavalo y de diversas regiones del país. Juntos, hemos trabajado para enriquecer la literatura local y dar a conocer al mundo la profunda riqueza cultural de nuestra tierra. De esta labor han nacido libros en los que participo como coautora, obras que reflejan en cada página el alma de nuestro pueblo y la diversidad de nuestra nación, capturando en palabras las tradiciones, sueños y vivencias que definen a nuestras comunidades.

A lo largo de este viaje literario, he comprendido que lo que comenzó como una fascinación infantil se ha convertido en una misión de vida: preservar las tradiciones orales de mi tierra, Otavalo, y de mi país, Ecuador, y llevarlas más allá de nuestras fronteras, compartiendo con el mundo la esencia de nuestra cultura.

LAS CARTAS



Dorys Rueda

Había algo especial en la manera en que mi amiga manejaba los naipes. No se trataba de trucos de prestidigitación ni de espectaculares acrobacias al estilo de un mago de Las Vegas. Era algo mucho más excéntrico: ella afirmaba tener el don de prever el futuro a través de la baraja que siempre llevaba en su cartera.

En la oficina, éramos todas mujeres y, desde que mi amiga comenzó a leernos las cartas, el almuerzo pasó a un segundo plano. Lo realmente importante era descubrir qué nos deparaba el destino. Como polillas atraídas por la luz de una vela, nos agrupábamos a su alrededor mientras ella iniciaba su ritual de lectura. En esos momentos, su rostro cambiaba; ya no era la misma. Sus cejas se arqueaban en un gesto de concentración sobrenatural y entrecerraba los ojos, como si estuviera vislumbrando un futuro lejano que solo ella podía ver. Mientras barajaba las cartas, murmuraba palabras ininteligibles. Sin duda, se había convertido en la sacerdotisa de la oficina.

Nosotras, las espectadoras cautivas de este espectáculo místico, pasábamos de la curiosidad a la fascinación en cuestión de segundos. Pero yo, un poco más escéptica, no podía evitar pensar que sus predicciones eran más producto de su imaginación que de un verdadero don divino. Mientras algunas de nosotras tomábamos estos encuentros con humor, otras, especialmente las que sufrían de "mal de amores", se sumían en una mezcla de esperanza y ansiedad.

Con el tiempo, estas sesiones de adivinación dejaron de ser una novedad para mí y comenzaron a parecerme insufribles. Ya nadie salía a comer. Decidí que era hora de poner fin a la cartomancia de

mi amiga y pensé en un plan para desacreditarla con una lectura falsa.

Me acerqué a ella y le propuse hacerle una lectura de cartas en su casa durante el fin de semana. Su rostro se iluminó de felicidad y, aunque insistió en que la lectura fuera ese mismo día, logré convencerla de que el ambiente de la oficina no era propicio para tal ritual. Necesitábamos un lugar donde la energía positiva fluyera sin distracciones. Así me despedí, asegurándole que era una lectora experta, aunque internamente sentía una sombra de duda. ¿Y si descubría mi farsa? Decidí investigar sobre el tema para no quedar tan mal; estudié qué tipo de cartas se usaban, cómo se barajaban y el ritual de la lectura.

El fin de semana, cuando llegué a su casa, le pedí que me prestara su baraja, fingiendo que había olvidado la mía. Comencé la sesión mezclando las cartas siete veces, tal como había leído que debía hacerse. Luego, puse las cartas boca abajo y le dije: “Si quieres una buena lectura, debes barajar los naipes tú misma”. Empecé con el pasado, seguí con el presente y terminé con el futuro. Todas las predicciones fueron fruto de mi imaginación, basadas en generalizaciones como: “Has sufrido mucho”, “tienes un admirador secreto”, “pronto recibirás una sorpresa”, “encontrarás el amor en el lugar menos pensado” y “conseguirás un trabajo mejor”.

Cuando terminé la lectura, mi amiga estaba radiante. Creí que era el momento ideal para revelarle mi plan, explicarle por qué lo había hecho y qué pretendía como lectora improvisada. Justo entonces, el

padre de mi amiga hizo su entrada triunfal. Se sentó junto a nosotras y me pidió que le leyera la baraja. Aunque intenté excusarme, no hubo manera de negarme.

Sorprendida y aterrorizada, empecé a mezclar la baraja. No tenía idea de cómo saldría de esa situación. Mi pulso se aceleró y el miedo de que descubriera mi engaño me sofocaba. Respiré hondo y comencé el ritual con el nuevo “cliente”. Mientras barajaba las cartas, lo observé de reojo; tenía toda la pinta de un mujeriego, un don Juan. Decidí basar mi lectura en eso. Le relaté un pasado lleno de amores secretos y desventuras románticas, mientras él asentía con una mirada entretenida. Al llegar al presente, solté la bomba: “Hay otra mujer en su vida, pero ese romance no terminará bien. Debe reconquistar a su esposa para asegurar su felicidad matrimonial”. Sus ojos centellearon y soltó una risa contagiosa que resonó en la habitación. Me dijo: “Veo que tienes habilidad con la baraja”.

Mientras recogía las cartas y me preparaba para marcharme, me di cuenta de que lo que había hecho no era tan diferente de lo que mi amiga hacía todos los días en la oficina. Sin embargo, esta experiencia me dejó una lección invaluable: no debemos mentir, aunque sea con buenas intenciones, ni jugar con la confianza de las personas.

La credibilidad es un hilo delicado que puede romperse con facilidad y manipularla, incluso por un propósito noble, puede tener consecuencias inesperadas. El verdadero poder de las

palabras no reside en su capacidad de engañar o consolar, sino en su autenticidad y en la honestidad con la que se transmiten.

EL HORÓSCOPO



Dorys Rueda

A los 18 años, comencé a trabajar como secretaria en el departamento de redacción de un importante diario en Quito. Desde el primer día, me cautivó el ambiente vibrante y dinámico de la sala de redacción. Rodeada de periodistas experimentados, absorbía cada conversación, cada palabra escrita, como si fuera una esponja. Aquellos momentos eran una fuente constante de

inspiración y mi jefe, un periodista de gran trayectoria y exigente hasta el extremo, destacaba por su dedicación implacable. Su seriedad era imponente y rara vez se le veía esbozar una sonrisa.

Nada más llegar, me asignó la tarea de escribir el horóscopo diario. Me entregó un libro viejo y desgastado que contenía las predicciones de los signos zodiacales y me pidió que investigara y mejorara los pronósticos. Revisé con cuidado el contenido del texto y pronto me di cuenta de que podía hacer algo mejor. Decidí entonces crear mis propios vaticinios, sumergiéndome en el arte de la escritura. A partir de ese momento, el horóscopo, con mi nombre al pie, se publicaba a diario en el periódico y yo, cada vez más interesada, me adentraba en el mundo de la astrología.

Un día, mientras trabajaba, recibí una llamada inesperada desde la recepción. Al otro lado de la línea, una joven buscaba hablar con la encargada del horóscopo. Me felicitó por los acertadas que eran las predicciones y me contó cómo estas habían influido en su vida diaria. Con gran entusiasmo, solicitó una entrevista personal y me preguntó si también sabía leer las líneas de las manos, el cigarrillo, las cartas o el café. Además, mencionó que sus amigas estaban igualmente interesadas en conocerme y, con una insistencia casi ceremoniosa, me aseguró que tendría muchas clientas si aceptaba. Creyendo que yo era una mujer mayor, me trató con respeto y admiración. Sin atreverme a corregirla y a pesar de sentirme nerviosa, le agradecí la llamada y me disculpé, explicándole que mi

agenda estaba completamente ocupada por el trabajo en el horóscopo.

Inmediatamente, llena de pánico, corrí a contarle a mi jefe lo que había sucedido. Estaba aterrada ante la posibilidad de ser identificada, temiendo que la gente descubriera que tras el horóscopo había una joven inexperta. No quería que las predicciones perdieran credibilidad. Él, con una sonrisa paternal que rara vez mostraba, me respondió: “Encuentre un seudónimo y asunto concluido”.

Entonces recordé un incidente de años atrás, cuando estudiaba en un colegio en Estados Unidos. Algún despistado había escrito mi nombre mal, cambiando una vocal por una consonante: Dorys con "y" en lugar de Doris con "i". En ese momento, decidí que aquel pequeño error podría ser mi salvavidas. Al día siguiente, el horóscopo apareció firmado por “Dorys”. Suspiré aliviada, pensando que mi identidad estaba a salvo, todo gracias a un error tipográfico que ahora me mantenía en el anonimato.

Le comenté al director el ingenioso cambio, convencida de que nadie me reconocería bajo el nombre de Dorys. Él me escuchó con una sonrisa que luchaba por convertirse en risa, disfrutando de mi ingenuidad. Al final, no pudo contenerse más y estalló en carcajadas. Entre risas, me dijo que volviera a mi escritorio y siguiera trabajando. Así lo hice, día tras día, durante un año entero,

escribiendo horóscopos y reflexionando sobre lo sencillo que fue esconderme detrás de una simple "y".

De esa etapa guardo los recuerdos más entrañables: la camaradería que se respiraba en cada rincón de la redacción, las amistades que forjé y que todavía perduran y, sobre todo, la chispa de inspiración que encendieron en mí grandes periodistas como don Lincoln Larrea Benalcázar. Ellos no solo avivaron mi pasión por la escritura, sino que me enseñaron el inmenso poder de las palabras. Aprendí que, a través de ellas, se pueden narrar historias, evocar emociones, despertar recuerdos y construir puentes entre almas. Descubrí también que tienen el poder de denunciar injusticias, iluminar verdades ocultas y dar voz a quienes no la tienen. En definitiva, comprendí que las palabras pueden transformar realidades, cambiar perspectivas y dejar una huella imborrable en la sociedad.

Ese aprendizaje marcó mi camino y lo llevo conmigo hasta el día de hoy. Desde aquel episodio, el nombre de Dorys Rueda se convirtió en mi firma personal en todos mis escritos. Es un guiño a mis inicios, un recuerdo de aquellos días en los que creía que una simple letra, con un toque de magia, podía ocultar una identidad y al mismo tiempo, darle vida a otra.

CUANDO EL AMOR SE CONECTA EN LÍNEA



Dorys Rueda

Hace 24 años, en la bulliciosa sala de profesores de un colegio femenino, tres colegas decidieron que mi vida amorosa necesitaba un impulso. Mientras yo pasaba los fines de semana felizmente en compañía de un buen libro, películas en cable y Beto, mi encantador cocker spaniel, mis amigas maestras pensaban que mi

existencia requería algo más emocionante que las tramas de Agatha Christie o las maratones de *Star Wars*.

Así que, armadas con una computadora que hacía mucho ruido y una conexión de internet más lenta que una tortuga, me inscribieron en una página que prometía ser el lugar ideal para conocer amigos. El plan era perfecto: sacarme de mi rutina de sofá, manta y Beto, y lanzarme al vibrante mundo de las citas en línea. “¿Qué podría salir mal?”, decían con una sonrisa cómplice.

Con gran dedicación, mis colegas crearon mi perfil: buscaban a un hombre de 40 a 45 años, con estudios superiores, sin compromisos y que disfrutara del cine, la pintura, la música y la literatura. La selección de perfiles fue tan exhaustiva que la sala de profesores parecía una audición para escoger al próximo James Bond.

Cada una daba su opinión y la discusión era digna de un comité de selección. "Este tiene buen perfil, pero ¿y esa barba?", comentaba una. "Mira este, parece simpático, pero esos lentes... no sé", decía otra, ajustándose sus propias gafas con aire crítico. "¡Uf, este no es muy alto y se ve demasiado serio! Dorys se aburrirá en la primera cita", sentenciaba la tercera. "Este tiene una sonrisa encantadora, pero su cabello parece de los años 70, ¡qué horror!", agregaba la primera riéndose entre dientes. "¡Oh, miren a este!, parece que nunca ha pisado un gimnasio. Nuestra amiga necesitará a alguien que al menos pueda sacarla a caminar el fin de semana", bromeaba

la segunda. "¿Y este? Parece un buen partido, pero esos dientes... ", decía con susto la tercera. Finalmente, tras muchas risas y debates, encontraron al candidato ideal. "¡Hemos encontrado al indicado!", exclamaron, satisfechas con su elección.

Al terminar mi jornada, lista para irme a casa, mis compañeras me arrastraron a la sala de profesores. Una de ellas, claramente emocionada, me anunció: "Dorys, tenemos una sorpresa para ti, un buen proyecto". Me explicaron todo sobre la página, el perfil que habían creado y la elección del candidato: "Hemos elegido al mejor. Se llama Héctor y es maestro de matemáticas". No pude evitar levantar una ceja y soltar una carcajada. "¿Así que este es el gran proyecto del que me hablaban? Solo espero, chicas, que este caballero sepa más de literatura que de divisiones, porque si empieza a hablar de fracciones, me declaro loca". Les dije que tenía mis reservas, dado que siempre había detestado las matemáticas. Sin embargo, mis compañeras insistían en que cualquier cosa sería mejor que pasar los fines de semana sola, viendo películas.

El día de la cita a ciegas llegó y, siendo un viernes de enero, tomé un taxi. Mientras me retocaba el cabello y me pintaba ligeramente los labios en el espejo retrovisor, llegué a una cafetería en la Avenida Amazonas y Mariana de Jesús. Entré algo nerviosa y eché un vistazo a mi alrededor. Todos estaban en pareja o en grupo, excepto un hombre que estaba solo en la barra. Era alto, con una elegancia discreta que se reflejaba en cada detalle de su apariencia.

Su abrigo negro, impecable y suelto, le confería un porte distinguido que captaba la atención sin esfuerzo. Sobre la barra, reposaban dos rosas rojas, dispuestas con esmero, como si estuvieran en pausa, esperando el momento perfecto para entrar en escena. La imagen tenía un aire cinematográfico que me hizo sonreír, pero de inmediato un nudo de nervios se apoderó de mí. "Es él", me dije, mientras avanzaba con cautela. Justo en ese instante, el pianista comenzó a tocar una melodía magistral, como si también él formara parte de un guion cuidadosamente orquestado.

Me miró, se levantó y, tras un cálido apretón de manos, me entregó las flores con una sonrisa que desvaneció por completo mis nervios. En ese instante supe que mis fines de semana de películas en cable estaban por cambiar. Nos sentamos y él comenzó a hablar con pasión sobre Bach y música clásica, sin mencionar una sola ecuación, lo cual fue un alivio encantador. Yo le hablé de libros y sueños y la conversación fluyó como un adagio, tranquilo y sin prisas.

Aunque hoy en día los noviazgos largos son casi una rareza, Héctor y yo desafiamos las estadísticas con dos años completos de cenas, cine, conciertos y exposiciones de arte, sin una sola mención de derivadas o integrales. Finalmente, nos casamos y hemos estado juntos por más de dos décadas. Aún disfrutamos del arte, la música y la literatura, y nunca hemos hablado de matemáticas. Ni una sola

vez. Si alguna vez surge una conversación sobre ecuaciones, la desvío de inmediato. Así que, si ven a Héctor con un libro de números en la mano, pueden estar seguros de que no estoy cerca. Los cálculos y yo tenemos un acuerdo tácito: ellos se mantienen alejados de mí y yo no intento resolverlos. ¡Y así, todos somos felices!

EL AMOR: AYER Y HOY



Dorys Rueda

El amor, como tema universal que atraviesa generaciones y se mantiene siempre vigente, es la razón por la que este artículo cierra *“12 voces femeninas de Otavalo: sus historias y anécdotas”*.

A través de estas líneas, mi intención es dejar una huella en el lector, invitándolo a reflexionar sobre cómo, pese a los cambios en las formas de comunicarnos, la esencia de las relaciones humanas

-esa búsqueda de afecto, comprensión y conexión genuina- debe permanecer intacta. En un mundo que avanza a gran velocidad, es fundamental que el amor trascienda el tiempo y las modas, recordándonos que, aunque el progreso transforme nuestras costumbres, el deseo de vincularnos de manera auténtica sigue siendo tan vital como siempre.

Hace no tanto tiempo, el amor tenía un ritmo pausado, casi ritual. Para conquistar a una mujer, los jóvenes recurrían a gestos que hoy parecerían sacados de una novela romántica. No había mensajes instantáneos ni aplicaciones de citas; en lugar de eso, los hombres se armaban de valor y una guitarra para dar **serenatas** bajo la ventana en las noches más despejadas. Con el corazón en la mano, entonaban canciones que prometían el cielo, la luna y las estrellas, esperando que la melodía tocara el alma de su amada. Desde dentro de la casa, la chica escuchaba en silencio, debatiéndose entre abrir una ventana como señal de interés o permanecer en la sombra, ocultando su respuesta. A veces, la suerte sonreía y la ventana entreabierta anunciaba el inicio de un romance. Otras veces, el único sonido que rompía la noche era el del agua que algún padre protector lanzaba desde el balcón, ahogando el esfuerzo musical del enamorado. Las serenatas eran una apuesta arriesgada, pero también una promesa de que el amor valía la pena, aunque no siempre llegara a buen fin.

Además de las serenatas, las fiestas eran el lugar propicio para las conquistas juveniles. Todo ocurría en vivo y en directo. Los jóvenes caminaban con nerviosismo hasta la chica que les interesaba, pidiendo un baile con una sonrisa cargada de esperanza. El baile era el lenguaje en el que se tejía la primera conexión, una mezcla de timidez y osadía donde cada paso podía acercarlos o alejarlos. Si la chica aceptaba, el joven intentaba aprovechar esos minutos en la pista para impresionar y si las cosas marchaban bien, la noche podía acabar con una caminata a su lado, tal vez con la promesa de una conversación más profunda en un futuro cercano o con un beso robado. El éxito dependía de la química en persona, de esas miradas sinceras que decían más que las palabras, donde la valentía de hablar cara a cara era esencial.

Hoy, ese mundo ha sido reemplazado por la inmediatez de la tecnología, que en algunos casos ha traído beneficios. Los mensajes que antes se escribían en cartas y tardaban días y semanas en llegar, ahora pueden recibirse en cuestión de segundos. Ya no se necesitan serenatas bajo la luna ni cartas cargadas de tinta. Ahora, el amor moderno puede comenzar con un simple desliz de dedo a la derecha en una app de citas o con un "me gusta" accidental. Lo que antes tomaba semanas de planeación y valor, ahora se reduce a un emoji de corazón o una respuesta ingeniosa en una historia de Instagram. Las serenatas han sido sustituidas por "listas de reproducción" compartidas en Spotify y las largas caminatas

después de la fiesta han dado paso a conversaciones digitales que fluyen entre memes y gifs. El arte del cortejo en las fiestas también ha cambiado. En lugar de acercarse nerviosamente para pedir un baile, muchos jóvenes prefieren enviar un mensaje desde el otro lado de la sala o revisar el perfil de Facebook de la persona antes de decidir si vale la pena acercarse. Las miradas directas han sido reemplazadas por likes estratégicos y, en ocasiones, ni siquiera se requiere hablar en persona; basta con una historia compartida para mantener el contacto.

Hoy, los encuentros se planean y se desarrollan mucho antes de que comience la música, gracias a las redes sociales. El baile sigue siendo importante, pero más como excusa para crear contenido que para forjar una verdadera conexión. Las relaciones se inician y a veces terminan con la misma rapidez, con un "dejar de seguir a alguien", que puede significar tanto como una ventana cerrada después de una serenata fallida. El amor sigue existiendo, pero ahora se mueve a la velocidad de la conexión y lo que antes era una mirada cargada de promesas, hoy es una notificación en la pantalla que parpadea por un instante antes de desaparecer.

En el pasado, cuando una relación llegaba a su fin, el proceso solía ser dolorosamente claro y tangible. Había lágrimas en conversaciones cara a cara, cartas escritas con manos temblorosas que buscaban poner en palabras lo que ya no se podía decir en persona. Se discutían los motivos, se lloraba la despedida y aunque

el final era doloroso, había una especie de catarsis en esa confrontación inevitable. La relación se cerraba con un adiós definitivo que, por difícil que fuera, proporcionaba un cierre emocional. El eco de esas cartas o de la última conversación quedaba grabado en la memoria, con el tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que fue y lo que pudo haber sido.

Hoy en día, las terminaciones de las relaciones pueden ser tan inmediatas como el toque de una pantalla. Lo que antes habría requerido largas conversaciones y discusiones emocionales, ahora puede resolverse con un simple "dejar de seguir a alguien" o un bloqueo repentino. No hay necesidad de enfrentarse a la incomodidad de decir "se acabó" en persona; basta con cortar el acceso a las redes sociales del otro para desaparecer de su vida virtual. A veces, el proceso es aún más sutil: un cambio en el estado de relación en Facebook, el borrado silencioso de fotos conjuntas o la simple omisión de "me gusta" en las publicaciones del otro. El amor, que antes tenía un peso físico y emocional, ahora parece desvanecerse en el aire, sin una verdadera confrontación o cierre.

Este tipo de finales rápidos y sin palabras deja una sensación de incompletitud. Ya no hay cartas largas que releer ni recuerdos físicos que guardar en una caja de zapatos bajo la cama. Solo queda el historial de chats, que se desplaza hacia abajo en el archivo de mensajes y un feed vacío donde antes había imágenes y escapadas románticas. Para algunos, el bloqueo repentino o el silencio digital

es incluso más devastador que una ruptura tradicional, ya que el desvanecimiento de la relación sucede sin la oportunidad de expresar lo que queda por decir. La desconexión emocional llega de la mano de una desconexión literal y lo que una vez fue una relación vibrante en el mundo digital, ahora se reduce a un recuerdo borrado por un clic.

En el pasado, las rupturas implicaban una reflexión profunda, el manejo del duelo y el paso inevitable del tiempo para sanar las heridas. En la era digital, a menudo el duelo es interrumpido por la omnipresencia de la vida en línea. Ver cómo tu expareja sigue publicando, cómo sigue adelante, puede ser una especie de tortura diaria.

La manera en que las parejas mantienen sus relaciones también ha cambiado. En el pasado, las cartas eran el principal medio de comunicación y la espera entre una y otra añadía un valor emocional especial. Hoy, la tecnología ha eliminado esas barreras, permitiendo una conexión continua sin importar la distancia. Las videollamadas y los mensajes instantáneos han facilitado la permanencia de relaciones a larga distancia, algo que antes resultaba mucho más complicado. Sin embargo, esta inmediatez trae consigo nuevos desafíos. La expectativa de estar siempre disponible puede generar tensiones y reducir el espacio para la reflexión personal y el crecimiento individual. En algunos casos, las relaciones se vuelven tan dependientes de esa conexión

ininterrumpida que pueden dejar menos margen para que cada persona conserve su propio espacio dentro de la pareja.

La tecnología, de igual manera, ha transformado la intimidad emocional. Lo que antes se compartía solo en la privacidad de una conversación cara a cara, ahora se comunica a través de fotos, mensajes y videollamadas. Esta hiperconectividad puede ser beneficiosa, pero también ha dado lugar a nuevas inseguridades. La facilidad con la que se accede a la vida personal del otro, a través de redes sociales, puede alimentar la desconfianza. Comentarios, likes o seguidores pueden convertirse en focos de conflicto. Lo que antes era un asunto estrictamente privado ahora está expuesto al escrutinio público, lo que genera una presión adicional sobre las relaciones. En este entorno digital, la confianza debe ser más sólida que nunca para resistir las tentaciones y distracciones que ofrece la vida online.

En conclusión, aunque la tecnología ha transformado profundamente la forma en que vivimos el amor, desde el inicio de una relación hasta su mantenimiento y final, no ha alterado la esencia de lo que buscamos en nuestras conexiones humanas: comprensión, cercanía y afecto genuino. Los gestos románticos han evolucionado, pasando de las serenatas bajo la luna a los mensajes instantáneos y las listas de reproducción compartidas, pero el desafío sigue siendo el mismo: construir vínculos auténticos y duraderos en un mundo que se mueve al ritmo de una notificación.

En esta era digital, donde las relaciones pueden empezar con un clic y terminar con un bloqueo, es vital recordar que el amor verdadero sigue exigiendo dedicación, paciencia y esfuerzo, más allá de las pantallas que nos conectan.

